13


BIBLIOTECA UNIVERSAL DE

MISTERIO Y TERROR



SUMARIO

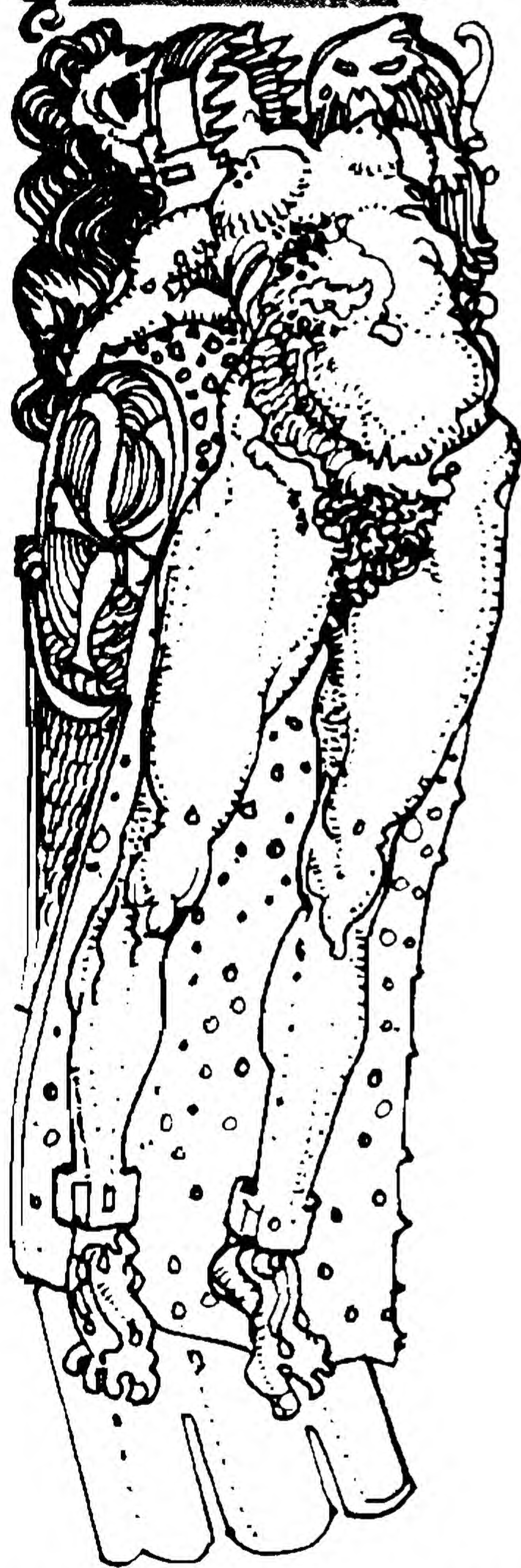



Caleidoscopio
OBR

Caleidoscopio

Pedro Montero

La luz de la luna y el parpadeo maligno de las estrellas se multiplicaron infinitamente al estrellarse contra las aristas de los poliedros, llevando a su espíritu infantil la fatalidad y la ceguera.

Lo vio todo al revés.

No es que lo que debiera estar arriba estuviera abajo, ni lo de la izquierda a la derecha. Tampoco veía el envés de las cosas, ni siquiera percibía la realidad como en un negativo fotográfico, pero todo estaba al revés.

Aunque tampoco hubiera podido explicarse así, si su hijo hubiera sido su padre y su madre su hija, no nos habríamos aproximado una décima de milímetro a su nueva forma de percibir las cosas. Mañana no era ayer, la música no era lo contrario de sí misma, la luna no era el sol, pero la vida era lo opuesto a la vida sin ser en absoluto la muerte. La llave no tenía el mínimo parentesco con la cerradura y pensar que una pudiera ser complemento de la otra era caer en una profundísima alucinación. Pero la profundidad ni siquiera era lo contrario de la altura, y lo horrendo no era la antítesis de la belleza, sino algo absolutamente dispar, una línea divergente a ninguna otra lanzada en flecha siempre hacia adelante; una paralela a ninguna otra paralela; un triángulo sin triángulo; un polígono auténticamente desplegado en todo su insospechado y fulgurante esplendor: un polígono en la absoluta

libertad de ser, aterrador en su poder ilimitado y vuelto hacia una expansión en continua expansión ya desde el principio concluida.

Todos los polígonos están plegados como geométricos gatos vueltos hacia su centro-ombligo. Abanicos cerrados en una sola línea prestos a sorprendernos en un desparramarse relampagueante. Todos los polígonos, aún a simple vista, tienen algo de inquietantes caleidoscopios temblorosos que de un segundo a otro van a sufrir una angustiosa e irremediable transformación metamorfósica. Todos los polígonos tienen su nido en esos caleidoscopios infantiles que yacen en cajones de buhardillas y solicitan angustiosamente ser agitados antes de usarse a fin de mostrarse en todo su esplendor. Pero cuidado: si encontráis en el sótano o en algún mueble antiguo un caleidoscopio de cuando erais pequeños, un caleidoscopio que solicita vuestra atenta mirada con urgencia egoista, deteneos a reflexionar un instante, no sea que en el insondable fondo del mágico artilugio hayan hecho su nido los polígonos que como aves polifacéticas de presa o como multiarañas encogidas se encuentren al acecho para deslizarse vertiginosamente por el tubo y estrellarse contra vuestros ojos, y traspasarlos con velocidad próxima a la de la luz. Porque los polígonos, incluso replegados y sujetos bajo una gigantesca presión, son realmente aterradores, y es ocioso decir que el miedo es siempre miedo a los polígonos, aunque existan excusas como cadáveres andantes o monstruos semidescompuestos. El terror es simplemente el germen de un alucinante polígono que nos fascina y nos espanta a la vez; el primigenio óvulo de un polígono absurda e inverosímilmente irregular que anida en el rincón más secreto de nuestro cerebro o que se cuela a través de nuestros ojos y comienza a expandirse sin compasión hiriéndonos con mil nuevas aristas por minuto y multiplicando el miedo que nos causa reflejándolo inmisericorde en la irisada superficie de sus caras. El miedo es un polígono, por tanto, que comienza a desarro-

llarse alimentado por nuestros pensamientos y que larvadamente se transforma en crisálida para metamorfosearse en un diabólico poliedro. La locura es un poliedro absurdo de afiladas aristas que se aplica contra las paredes de nuestro cerebro y las oprime sin cesar. El miedo es miedo a los poliedros, miedo en última instancia a la locura, miedo a desear con fuerza inusitada contemplar cada una y a la vez todas las caras de ese cristal creciente: imposibilidad que acaba desquiciando nuestra mente y sumiéndola en una absurda realidad en la que una línea paralela no lo es a ninguna otra, y lo contrario a la música no es ni siquiera lo opuesto de sí mismo.

* * *

Dos soldados de plomo, una linterna, una muñeca de trapo sin cabeza, un juego de bolos incompleto...

Pachi continuó revolviendo el arca y sacando a la luz tesoros de cuando su abuelo tenía su misma edad. De vez en cuando tenía que hacer una pausa y acercarse al ventanuco de la buhardilla para respirar aire fresco libre de polvo. La abuela miraba algo en el horizonte sentada bajo el emparrado. Anita estaba haciendo las horrorosas multiplicaciones que eran parte de la tarea de vacaciones y su madre se encontraría seguramente en la cocina preparando una suculenta ensalada y alguna sorpresa que permanecería en secreto hasta el momento de los postres.

Pachi volvió junto a los trastos viejos y siguió investigando en los baules procurando no hacer demasiado ruido. La abuela le había advertido seriamente que no quería que al final del verano toda la casa estuviera patas arriba. Era una abuela muy especial, cariñosa, pero enérgica, amable con sus nietos, pero inflexible a la hora de tomar una decisión: una abuela de carácter singular, pensaba el niño que tenía una idea muy clara de lo que debían ser las abuelas.

Al llegar al fondo del arcón y levantar con cuidado una tapadera, Pachi descubrió que, oculto entre los

pliegues de un pañuelo de seda, había un tubo muy largo de color oscuro. Por uno de sus extremos tenía un cristal esmerilado y el otro estaba tapado con vidrio transparente.

Sin sacarlo del baúl acercó su ojo al cilindro y trató de mirar en su interior, pero la oscuridad era tal que no podía apreciarse si había o no algo dentro del tubo. Lo agitó levemente y escuchó el entrechocar de piedrecillas o cristales. Levantándose, se aproximó al ventanuco y elevó el cilindro hasta la altura de sus ojos con curiosidad. En aquel preciso momento se oyó la voz de la abuela que había vuelto la cabeza hacia la buhardilla intuyendo la presencia de su nieto.

—¡Pachi! —llamó—. ¿Estás ahí?

El niño se sintió sorprendido y reflexionó unos instantes antes de responder. Si no contestaba mentiría flagrantemente al ocultar su presencia en aquel lugar, y si respondía afirmativamente se exponía a una reprimenda por haber entrado sin permiso en el desván.

Urgido por una nueva llamada de la abuela se resolvió a contestar de tal forma que en su respuesta no estuviera incluido un sí acusador.

—¡Ya bajo! —gritó. Y después de depositar de nuevo en el baúl todos los objetos que había ido examinando, descendió por las escaleras como un torbellino apareciendo en el porche a los pocos segundos con aire de gran naturalidad.

—¿Estabas arriba, ¿verdad? —preguntó la abuela mientras Anita suspendía momentáneamente las engorrosas operaciones aritméticas para solazarse con la previsible reprimenda.

—Ya bajaba —repuso el niño que no estaba dispuesto a una confesión directa. Anita mordía el lápiz sonriente a la espera del momento propicio para intervenir.

—¿Qué es lo que te ha dicho tu abuela muchas veces? —preguntó la anciana. El niño hizo un gesto de impaciencia torciendo la comisura de los labios.

—Que no revolvamos en los baules del desván

—canturreó Anita satisfecha de encontrarse al margen del asunto.

—¡Tú calla, mocosa! —exclamó la abuela—. Esto no va contigo.

La niña, sintiéndose muy ofendida en su amor propio, regresó precipitadamente a las operaciones matemáticas y hundió la nariz entre las hojas del cuaderno.

—¿Qué te dije? —volvió a preguntar la abuela pertinaz.

—Eso —repuso el niño un tanto rebelde.

—Que no rebusques en los baules que hay allí arriba —declaró la abuela comprendiendo que Pachi estaba dispuesto a no decir palabra—. Es eso, ¿verdad?

—Será —respondió Pachi testarudo.

—Hazte caso de tu abuela —pidió la anciana con un tonillo didáctico que el nieto odiaba especialmente—. Obedéceme, hijo —continuó modificando bruscamente la inflexión de su voz y adoptando un tono de súplica—. Te lo pido por favor.

Acto seguido la abuela caminó con paso cansino hasta las escaleras del porche en donde se detuvo para decir una vez más:

—Hazme caso, hijo mío.

Cuando los dos hermanos se quedaron solos, Anita dejó a un lado su tarea y se aproximó a Pachi.

—¿Has encontrado algo? —le preguntó fingiendo indiferencia.

—A tí que te importa, acusica —repuso el niño malhumorado—. «Qué no revolvamos en los baúles del desván» —remedó con voz meliflua—. ¡Soplona! Seguro que tú se lo has dicho.

—¿Yo? —exclamó Anita poniendo los ojos en blanco—. ¿Yo? —mintió de nuevo.

—¡Toma! —dijo su hermano, y propinándole un sonoro bofetón echó a correr y se perdió de vista tras los árboles de la huerta.

* * *

—¿Se puede saber qué ha pasado aquí? —preguntó el padre sentándose a la mesa y mirando fijamente a Pachi.

—Nada —repuso el niño a sabiendas de que el asunto de la bofetada era ya de conocimiento general.

Pachi miró a su madre, que entraba con una fuente, en demanda muda de auxilio, pero ésta evitó su súplica y comenzó a servir la comida.

—¡Pachi me pegó una...! —comenzó a decir Anita lastimeramente, pero de súbito, la voz de la abuela se impuso a todas las demás y afirmó con calma aunque resueltamente:

—Nada; no ha pasado nada. —Y miró a su hijo fijamente durante unos segundos.

A partir de entonces la conversación derivó hacia otros derroteros, y al llegar el momento de los postres y hacer su aparición la madre con una apetitosa tarta en sus manos, todo el mundo se había olvidado ya del incidente. En los ojos de la abuela, no obstante, se había instalado un sutil velo de niebla que empañaba el brillo, todavía inextinguido, de su profunda mirada, un oscuro celaje que desmentía la sonrisa que de continuo afloraba a sus labios.

* * *

Unos golpes despertaron a Pachi que dormía cada tarde la siesta por estricta obligación de su madre. Se incorporó en el lecho y trató de averiguar de dónde procedían aquellos martillazos. El niño pensó que debería tratarse de una tarea urgente y que no admitía espera, porque de lo contrario nadie se hubiera atrevido a turbar las horas sagradas del reposo que seguía a la comida.

Acuciado por la curiosidad abrió la puerta del dormitorio para escuchar mejor, pero los golpes cesaron y alguien bajó por la escalera procurando no hacer ruido, como si el estruendo precedente no hubiera bastado para despertar a todos los durmientes.

Volvió a cerrar la puerta dejando una estrecha

rendija y pudo ver que quien bajaba las escaleras provisto de un martillo era su padre.

Cuando cruzó frente a su puerta la cerró casi del todo para que no advirtiera su presencia, y una vez que calculó que su padre se encontraba ya en el segundo tramo de escaleras, salió al descansillo y se asomó por el hueco. En la planta baja esperaba la abuela, que mantuvo con el padre una breve conversación de la que el niño sólo pudo captar una extraña palabra que no conocía: caleidoscopio.

Madre e hijo se retiraron, y Pachi regresó a su dormitorio. En aquel momento se abrió la puerta del cuarto de Anita que también había estado escuchando y la niña, descalza y con paso sigiloso, comenzó a subir las escaleras que conducían al piso alto. Pachi decidió mantenerse a la expectativa toda la tarde si era preciso y arrimó una silla a la rendija de su puerta para esperar confortablemente el regreso de su hermana. Pero todos aquellos preparativos fueron innecesarios, porque al cabo de breves instantes Anita descendió y al pasar junto al cuarto de su hermano, que se creía a salvo de miradas indiscretas, dio un empujón a la puerta que a su vez golpeó la frente de Pachi, al tiempo que decía cuchicheando:

—¡Han puesto un candado, orejón! —Y echando a correr se refugió en su dormitorio.

* * *

Aquella noche la odiaba con todas las fuerzas de su ser. Era soplona y acusica, antipática, hipócrita, mentirosa y sabía fingir que estaba muy interesada en los consejos de la abuela sonriendo muy formalita, mientras sus pensamientos volaban hacia la despensa y se cernían sobre la tarta como moscones golosos.

Era la primera en terminar las tareas de vacaciones y, apenas había acabado, corría hacia su padre suplicándole una nueva tanda de horrendas multiplicaciones por seis cifras como quien pide una suculenta golosina. Sabía ayudar a su mamá a limpiar los cubiertos

y era capaz de sacrificar una hora de juegos para ordenar el armario de la cocina en compañía de la madre, que sonreía satisfecha ante la admirable disposición y la generosidad de su retoño. Jamás era la primera en pedir una segunda ración de helado aunque la gula apareciera escrita en sus ojos, y cuando se la ofrecían se hacía de rogar dos veces y terminaba aceptando con un «si te empeñas» odioso.

Sabía engañar perfectamente a las personas mayores que se hacían lenguas de su buena educación. Era capaz de abalanzarse hacia un ciego para ayudarle a cruzar la calle y sonreír a la vuelta junto a su mamá mostrando una humildad infrecuente en una niña de su edad. En las fiestas infantiles siempre permanecía junto a los más pequeños fingiendo que cuidaba de ellos, y no le importaba no participar en los juegos si la dejaban colaborar en la tarea de poner la mesa o de servir las bebidas. Había que verla escanciando deliciosa limonada fría en el vaso de la abuela; espantando las moscas de las proximidades de los bebés; escuchando arrobada la insoportable música que tía Sofía arrancaba del piano a fuerza de aporrearlo sin misericordia.

Era capaz de engañar a las personas mayores, pero los niños y los perros, que conocen muy bien los sentimientos de los seres humanos, la odiaban y sabían que jamás seguía los consejos de la abuela: que odiaba las tediosas multiplicaciones que fingía realizar de mil amores; que ayudaba a su madre sólo con la secreta esperanza de obtener una ración extra de golosinas; que de buena gana hubiera cegado a una persona sana, si no hubiera invidentes a mano, para obligarla después a cruzar una calle y abandonarla desorientada en la otra acera; que su deseo secreto era sofocar con una almohada a los bebés cuyas moscas oxeaba; que su sueño dorado sería mezclar matarratas en la limonada de la abuela, y que lo que más que nada deseaba era aplastar con un martillo los larguiruchos dedos de la tía Sofía hasta reducirlos a una pulpa sanguinolenta. Por eso los niños de su edad la

esquivaban, y los perros, especialmente cuando tenían cachorros, le enseñaban los dientes y gruñían amenazadoramente si se acercaba a ellos.

* * *

El último escalón crujió lúgubremente y Pachi contuvo la respiración durante unos segundos. Después se aproximó a la puerta y comprobó que el candado era de regulares dimensiones. Asió la cadena con cuidado y la examinó en toda su longitud visible por si algún eslabón mostraba un punto frágil, pero no había nada que hacer, así que extendió el paño a la luz de la luna que se colaba por un ventanuco y, como un ladrón experto, fue eligiendo los útiles que juzgaba más apropiados para el caso.

Igual que el cirujano solicita diversos instrumentos para cada fase de la intervención, de igual modo Pachi escogió alambres y punzones, una navaja roma y un fragmento de cuerda. Actuó sabiamente con ellos y, tras media hora de delicada operación, se escuchó un chasquido y la argolla del candado cedió franqueándole la entrada a la buhardilla.

A la vez que la argolla del candado, algo se rompió también en el corazón del niño. Se sentía un poco asaltante de su propia casa y una voz interior le decía que obrando como lo había hecho se aproximaba considerablemente a los procedimientos que empleaba Anita, pero su curiosidad era tan grande; la súbita clausura del desván y la misteriosa conversación entre padre y abuela habían despertado de tal modo sus ansias de investigación, que lo que antes había sido un juego más o menos secreto se había transformado en un deseo imperioso de saber qué es lo que era y para qué servía aquel intrigante objeto al que habían denominado caleidoscopio.

Pachi era un niño despierto para su edad, suficientemente inteligente para comprender las cosas, pero demasiado joven todavía para saber que ciertos consejos no deben ser echados en saco roto. Si el niño

hubiera tenido dos o tres años más no le habría pasado desapercibido el tono de alarma con que la abuela se dirigía a su padre en la parte baja de la escalera y, seguramente, no hubiera achacado a un mal humor pasajero la expresión de disgusto que aquel había mantenido durante toda la jornada, pero nada de esto le pareció en absoluto significativo.

Y aunque hubiera escuchado con toda claridad la conversación mantenida entre la anciana y su hijo no habría atribuido ninguna importancia al hecho, mencionado sigilosamente por la abuela, de que el objeto tubular había permanecido años atrás toda una noche al raso, olvidado por alguien, en un banco del jardín. Una noche muy especial y que sólo los iniciados en ciertos ritos que es mejor no mencionar pueden ubicar en un punto determinado del calendario.

Tampoco era consciente todavía de que, independientemente de fechas señaladas, no es en absoluto aconsejable olvidar fuera de la casa objetos de cristal, sobre todo si la luna está en cuarto creciente o ha alcanzado ya su lánguida plenitud. Existe una misteriosa relación entre el vidrio y las estrellas, el cristal y la noche, y ha de ser creída a pies juntillas la historia del anciano que perdió la razón tras volver a usar las gafas que habían permanecido toda la noche bajo la claridad de las estrellas.

Si es un hecho constatado y que no necesita demostración que las noches favorecen la condensación del vapor de agua que se deposita sobre las plantas, no es menos cierto que en determinadas ocasiones el rocío puede ser venenoso y la escarcha mortal.

Las lentes de cristal, que tienen de por sí un atractivo para los rayos de luz y otros rayos que por precaución no deben nombrarse, no deben ser jamás olvidadas de noche a la intemperie, porque misteriosas fuerzas deambulan errabundas entre las estrellas y no necesitan más que un fragmento de vidrio para condensarse y esperar pacientemente agazapadas que unos ojos se encuentren lo suficientemente cerca

para caer sobre ellos como un rocío durísimo y enloquecedor.

Ignorante de todas estas cosas, Pachi abrió al fin el baúl de la abuela y fue directamente al fondo. Allí, arropado con el pañuelo de seda, se hallaba el curioso cilindro; aunque no estaba solo. Una mano piadosa, seguramente la de la abuela, había depositado, rodeándolo, un rosario de cuentas de cristal.

El niño separó el rosario y lo dejó sobre el suelo del desván. Los pequeños poliedros de cristal de roca que formaban las cuentas destellearon lanzando alaridos de advertencia al ser heridos por la luz de la luna, pero Pachi no supo comprender aquel caritativo mensaje ni se le ocurrió pensar que los inofensivos y bendecidos cuerpos geométricos le estuvieran haciendo guiños en claves cristalinas para disuadirle de lo que se disponía a realizar.

Tomando el negro tubo por un telescopio, Pachi se acercó a la ventana y, levantando la mano hasta la altura de su rostro, aproximó un ojo al cristal transparente y dirigió el cilindro hacia la luna.

Igual que en el preludio de un alud, se oyó un ruido como si algunas piedrecillas se hubieran desprendido y, a continuación, simétricos diamantes y rubíes partieron desde la periferia del campo visual y se precipitaron hacia el centro formando una bellísima figura.

Pachi, asustado y maravillado a la vez, retiró el caleidoscopio de su ojo y vio enfrente la luna llena en todo su esplendor. Nunca un disperso manojo de segundos fue tan definitivo como aquel durante el cual el niño fijó su vista en el astro de la noche.

Las cuentas de cristal redoblaron sus centelleantes advertencias; la luna le miró como lo hubiera hecho su hermana: un rostro del errante satélite mostraba compasión y tristeza, la otra faz de aquella pérfida Jano, la que permanecía eternamente vuelta hacia las estrellas, se burlaba de la ignorancia del muchacho, y hacía guiños a los astros, pendientes también de lo que iba a ocurrir.

Definitivamente extraviado, Pachi volvió a mirar a través del caleidoscopio y entonces se desencadenó la cristalina tempestad.

Lo vio todo al revés.

No es que lo que debiera estar arriba estuviera abajo, ni lo de la izquierda a la derecha. Tampoco veía el envés de las cosas, ni siquiera percibía la realidad como un negativo fotográfico, pero todo estaba al revés. Aunque tampoco hubiera podido explicarse así, si su hijo hubiera sido su padre y su madre su hija, no nos habríamos aproximado ni una décima de milímetro a su nueva forma de percibir las cosas. Mañana no era ayer, la música no era lo contrario de sí misma, la luna no era el sol, pero la vida era lo opuesto a la vida sin ser en absoluto la muerte. La llave no tenía el mínimo parentesco con la cerradura, y pensar que una pudiera ser complementaria de la otra era caer en una profundísima alucinación. Pero la profundidad ni siquiera era lo contrario de la altura, y lo horrendo no era la antítesis de la belleza, sino algo absolutamente dispar, una línea divergente a ninguna otra lanzada en flecha siempre hacia adelante; una paralela a ninguna otra paralela; un triángulo sin triángulo; un polígono auténticamente desplegado en todo su insospechado y fulgurante esplendor: un polígono en la absoluta libertad de ser, aterrador en su monstruosidad ilimitada y vuelto hacia una expansión en continua expansión ya desde el principio concluida.

Hubo un relámpago alucinante que duró una milésima de segundo, y desde el fondo del cilindro algo se lanzó a velocidad de vértigo hacia la pupila del muchacho. Miles de aristas afiladas hirieron la córnea de su ojo, algo infinitamente plegado penetró como una flecha por sus centros nerviosos y comenzó a tomar su verdadera forma de poliedro expandiéndose con la velocidad de la luz.

Sucesivas oleadas luminosas resbalaron a lo largo del tubo e incidieron veloces en el cristalino destrozándose en mil superficies transparentes que se mul-

tiplicaban sin cesar. La locura poliédrica, el terror más geométrico e inevitable hizo presa en el cerebro del niño.

Un hiriente rocío condensado en moléculas infinitesimales, una fuerza maligna y transparente que había reposado desde aquella pretérita noche en el fondo del tubo estalló en una silenciosa pero luminosísima deflagración abatiéndose sobre la infeliz criatura que fue presa en breves instantes de monstruosas energías errabundas.

El terror que experimentó el muchacho fue justamente eso: el sentir incrustado en sí mismo el germen de un alucinante polígono que le fascinaba y le espantaba a la vez; el primigenio óvulo de un polígono absurda e inverosímilmente irregular que anidó de repente en el rincón más secreto de su cerebro colándose a través de sus ojos y que comenzaba a expandirse sin compasión, hiriéndole con mil nuevas aristas por minuto y multiplicando el miedo que le causaba al reflejarlo inmisericorde en la irisada superficie de sus caras. De aquella forma se demostró que las precauciones de la abuela tenían un fundamento cierto.

* * *

Por las escaleras del desván descendía una figura en cuyo rostro se dibujaba la locura del miedo y el miedo a la locura.

Lentamente, pero con firme decisión, Pachi llegó hasta el descansillo y en lugar de entrar en su dormitorio se dirigió sigilosamente hacia el de su hermana Anita.

Abriendo la puerta del cuarto avanzó entre sombras y se detuvo a los pies de la cama de la niña. Una respiración acompasada era indicio del tranquilo sueño de Anita. Pachi, rodeando el lecho, se aproximó a la cabecera y palpando con sus manos asió uno de los dos almohadones sobre los que reposaba la cabeza de su hermana. Sus ojos eran fuente de lá-

grimas de diminutas formas exagonales, pero no eran fuente de luz. Ciego definitivamente para el universo de los demás mortales, Pachi continuó tanteando hasta que sus dedos tropezaron con la cabellera de Anita y entonces, con un movimiento de violencia inusitada, tomó el almohadón y lo aplicó rabiosamente contra el rostro de la niña que se despertó de pronto sin poder respirar.

Los brazos de la muchacha se agitaron espasmódicamente, y sus piernas se retorcieron con desesperación arrojando al suelo las mantas.

En aquel momento una figura que previsoramente había estado durmiendo en un sillón próximo al lecho de la niña se incorporó, y de una veloz carrera se aproximó por detrás a Pachi.

La abuela forcejeó vehementemente con su nieto, pero la violencia del niño ciego era tal y su furia tan sobrehumana que, de no resolverse en unos segundos aquel singular combate, la vida de la muchacha corría serio peligro. Entonces la abuela, experimentando un profundísimo dolor en su corazón, abandonó la lucha y aproximándose a la chimenea tomó en sus manos un pesado atizador de hierro, lo levantó sobre su cuerpo asiéndolo con las dos manos y descargó un golpe formidable sobre la cabeza de su nieto que se derrumbó exánime.

Sin perder ni un segundo, la anciana tomó en brazos el cuerpo del niño y realizando un esfuerzo impropio de sus años comenzó a subir las escaleras que conducían a la buhardilla.

Una vez en el desván se aproximó al baúl, recogió el oscuro cilindro y, manteniendo a su nieto en brazos, abrió una ventana y se precipitó en el vacío con su carga.

Los dos cuerpos se estrellaron contra el suelo con un golpe sordo, y del caleidoscopio hecho añicos surgió algo, como una exhalación, que se lanzó hacia las estrellas con una velocidad semejante a la de la luz.


VB



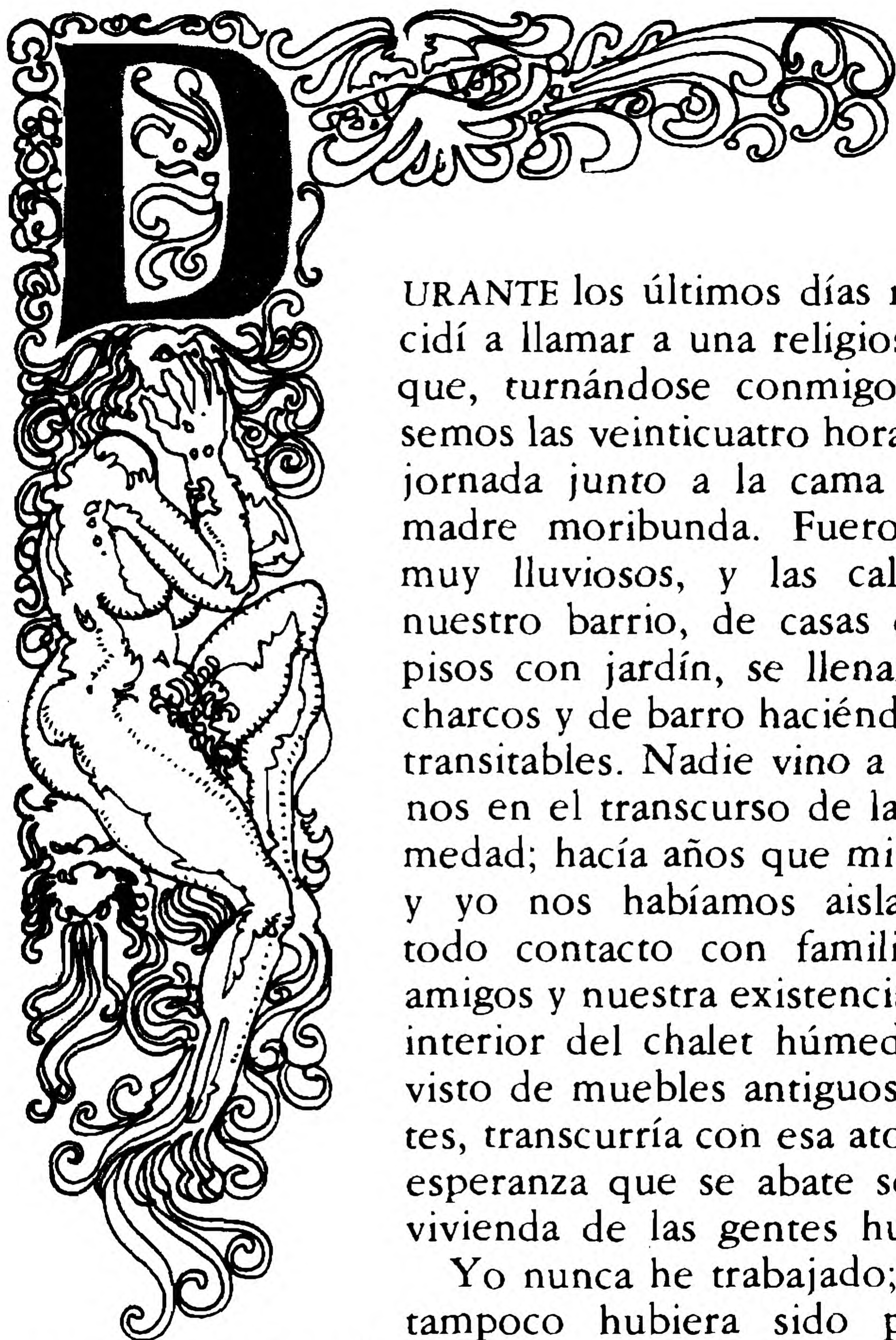
La religiosa



La religiosa

Nino Velasco

De pronto estallaron dentro de él todos los sueños, las pasiones y los deseos reprimidos durante cuarenta años de soledad y se centraron en aquella mujer turbadora y deseable aún bajo su severo hábito de religiosa.



URANTE los últimos días me decidí a llamar a una religiosa para que, turnándose conmigo, velásemos las veinticuatro horas de la jornada junto a la cama de mi madre moribunda. Fueron días muy lluviosos, y las calles de nuestro barrio, de casas de dos pisos con jardín, se llenaron de charcos y de barro haciéndose intransitables. Nadie vino a visitarnos en el transcurso de la enfermedad; hacía años que mi madre y yo nos habíamos aislado de todo contacto con familiares o amigos y nuestra existencia, en el interior del chalet húmedo provisto de muebles antiguos y tristes, transcurría con esa atonía sin esperanza que se abate sobre la vivienda de las gentes hurañas.

Yo nunca he trabajado; quizás tampoco hubiera sido posible, tan sólo gracias a la azarosa fortuna de ser hijo de un hombre acomodado, he podido llegar a los cuarenta años sin necesidad de realizar esfuerzos que hubieran sido demasiado onerosos para mí. Cuando ella cayó enferma, hacía siglos que mi vida consistía en esa sucesión de hechos estragantes que componen la existencia de un hijo único soltero que, desde muy joven, se quedó solo con su madre: lentos paseos por

los descampados próximos a nuestra casa cogido del brazo de mi anciana progenitora, largas horas sentado en el desgastado sillón de cuero que perteneció a mi padre leyendo sin gusto libros vetustos tomados de la estantería familiar, la contemplación de las grietas que, poco a poco, se han ido abriendo en los muros de la casa, merecedoras tan sólo de comentarios repetidos como «esto se derrumba» o «¿por qué no vendemos el chalet y nos compramos un apartamento nuevo?»; el cuidado de las macetas, la contemplación de nuestro viejo canario enjaulado que, dado el silencio de la casa, lo umbrío de los aposentos y el mutismo de sus moradores, tan sólo hizo unos tímidos intentos de cantar una lejana primavera espléndida. Y unas cuantas manías inexcusables.

Llegó con sus zapatos negros llenos de barro y el uniforme de religiosa mojado a causa de la lluvia. Llamó discretamente una sola vez al timbre de la puerta y, al abrirla, experimenté la emoción de quien hace mucho tiempo, o quizás nunca, ha tenido a escasos centímetros a una mujer hermosa. Bajo su toca se advertía el comienzo de un cabello rubio pálido extremadamente fino, y sus ojos grises, al fijarlos en los míos, me indujeron a pensar en antiguas lagunas descritas en algún libro que hablaba de bosques y robinsones. Al mirarme, tan sólo como un relámpago, me pareció advertir en sus pupilas una expresión de asombro o de sorpresa que desapareció en seguida. Tenía la piel clara matizada por un ligero vello suave casi imperceptible. Sonrió nada más abrirle la puerta con un gesto de franqueza y disponibilidad que me dejaron anonadado. Porque, además, sus labios ligeramente prominentes, al realizar cualquier movimiento, proporcionaban a su rostro, debido a una fatídica comisura lateral, a unos leves trazos que aparecían en su piel a ambos lados de la boca, una expresión extrañamente provocativa. Era muy alta, y bajo el uniforme severo se adivinaba esa clase de cuerpos ligeramente marchitos, cuya ambigua fragilidad suscitan una rara fascinación erótica.

—¿Es aquí donde han llamado a una religiosa para cuidar a un enfermo? —me dijo mirándome directamente a los ojos.

—Sí, sí. Es una enferma; se trata de mi madre. Pase, pase usted...

La monja entró decidida, con un paso desembarazado y airoso, sin apenas mirar al recibidor sombrío, ni a ninguna de las habitaciones que tuvimos que atravesar hasta llegar a la alcoba de mi madre. Estaba semiinconsciente y no hizo ningún gesto o movimiento indicador de que había advertido la presencia de la religiosa.

—Esta es la enferma —le dije nervioso.

—Está bien —contestó la monja mientras se despojaba del impermeable—; me llamo sor Cristina y, si a usted le parece bien, ya puedo empezar.

Mi madre aún sobrevivió dos semanas más, durante las cuales en ningún momento dejó de llover; un cielo color plomo se abatía sobre la ciudad cargando de melancolía nuestro barrio y las estancias se llenaban de sombras desde el amanecer. A veces teníamos que encender la luz apenas a las tres o las cuatro de la tarde, pero estas circunstancias, que en otras ocasiones me habrían deprimido profundamente, obligándome a pasear desorientado por la casa, a detenerme en silencio ante las ventanas para contemplar la lluvia cayendo sobre las acacias del jardín semiabandonado, ahora obraban sobre mí en sentido contrario. Permanecía alegre y expectante durante todo el día, sintiendo el tiempo de borrasca como una música fresca que me deparaba todas las tardes la llegada de la religiosa. Esperaba ansioso su aparición a mediodía, y cuando traspasaba el dintel de la puerta la casa se poblaba de destellos.

—Buenas tardes. ¡Puff! No deja de llover... —decía poco más o menos al llegar por la tarde, con su pérfida expresión provocativa, a todas luces involuntaria, su cuerpo alto y flexible, moviéndose con esa elasticidad cargada de insinuaciones que tan sabiamente saben acentuar las muchachas que pasan moda.

A mis cuarenta años jamás he tenido relaciones con mujeres; soy virgen, y desde mi pubertad el otro sexo no ha sido para mí sino una dolorosa obsesión lejana, un sueño de papel clandestino en las revistas de chicas que guardo bajo llave en mi escritorio; noches de orgías inventadas, miradas equívocas al misterio del cuerpo de las adolescentes, de las niñas, de nuestras antiguas sirvientas... La turbación casi petrificada ante el espectáculo violento y hechizante del cuerpo de las actrices más bellas y más libres...

Su presencia comenzó, pues, a desquiciarme. En ocasiones se sentaba a leer junto a la cama de mi madre cuando no tenía nada que hacer, y, desde el comedor, situado en mi sillón de cuero, oculto tras algún libro o el periódico, la observaba con delectación a través de la puerta abierta. Olvidé por completo que se trataba de una religiosa y, con el paso de los días, una pasión irrefrenable y oculta hizo que centrase todos mis pensamientos, mis esperas, mis sueños y deseos en aquella mujer turbadora.

Me olvidé de mi madre, que pasó a ocupar un lugar ominosamente secundario en el universo de mis intereses y preocupaciones. Y así, un desazonante deseo físico provocado por el cuerpo de Cristina, me impulsó a realizar aquellos días actos temerarios, esa clase de aproximaciones tortuosas y con toda seguridad torpes, propias de hombres inexpertos, torturados o extremadamente tímidos.

El anochecer anterior a la muerte de mi madre, vi desde el comedor como ella se levantaba para ir a la cocina. Llevaba varios cacharros con la intención de lavarlos en el fregadero. La seguí hasta allí despacio, dándole tiempo para que llegase antes que yo y se pusiese, diligente, a realizar su propósito. Estaba de espaldas, con el grifo del agua abierto y las mangas de su hábito subidas. Me aproximé completamente sofocado, notando que mi corazón era de pronto como una especie de animal turbulento apresado dentro de mi pecho que golpeaba intensamente a cada latido.

—Co... Cómo, cómo... —le dije tartamudeando

con toda la sangre agolpada en la cabeza—. ¿Cómo puede haber monjas tan hermosas como usted?

Al escuchar yo mismo aquella frase en el silencio de la cocina mal iluminada por una bombilla mortecina, advertí en seguida, dado su tono, que se trataba de una penosa vergüenza. Ella hizo un gesto con los hombros sin dejar de fregar la taza que tenía entre las manos, que significaba algo ambiguo equivalente a «ya ve», o «no sé» o «qué más da lo hermosa que yo sea». Después, sin poderlo evitar, crucé por detrás de la religiosa y toqué con mi mano su vestido a la altura del trasero, ejerciendo con mis yemas una presión equívoca que podía suponerse un roce casual al pasar a su lado o interpretarse, seguramente con mayor acierto, como un contacto subrepticio propio de un hombre confuso y taimado.

Ella giró la cabeza y me miró a los ojos con una intensidad extraña y también equívoca, que se podía entender como la aceptación de una travesura intrascendente o como una admonición severa y tajante. No hizo ningún gesto con su cuerpo que, al menos a primera vista, indicase que aquello le había afectado de alguna manera.

—¿Me puede dar el detergente? —me dijo después deshaciendo unos segundos de tensión que para mí habían sido angustiosos.

—Está ahí, sobre la nevera.

Al otro día, unas horas antes de que falleciese mi madre, me atreví a sentarme frente a ella y la conversación derivó hacia una especie de evocaciones sobre mi vida. La lámpara de la mesita de noche le iluminaba el rostro de un modo precioso y cada gesto que hacía, incluso los más leves movimientos de su pecho apenas sugerido bajo el hábito, me producían excitaciones sucesivas enervantes. En el transcurso de la conversación, como si se tratase de un gesto natural, pero que contenía toda la densidad de las acciones forzadas, le puse la mano en las rodillas por unos segundos en varias ocasiones o le tomé la mano con

motivo de un comentario o de una frase que parecía adecuada a tal gesto.

—Entonces, está usted completamente solo, aislado —me dijo ella en cierto momento.

—Solo, aburrido, casi desesperado... Cuando mi madre muera no sé si resistiré la desolación de este caserón que se cae a pedazos.

Ella me miró de nuevo a los ojos, con los labios húmedos y sus pupilas lanzadas al fondo de mi cerebro, como cuando alguien, en medio de una conversación, deja de oír las palabras de su interlocutor y permanece por breves segundos calibrando con precisión el sentido profundo de su discurso.

Mi madre murió de madrugada, y al entierro, bajo la lluvia suave de la tarde siguiente, no vino absolutamente nadie. Tan solo sor Cristina me acompañó al cementerio en un coche que puso a nuestra disposición la sociedad aseguradora que se ocupó de todos los detalles. De regreso en un taxi, cuando a la altura de una céntrica avenida ella se iba a bajar separándose de mí para siempre, al meter la mano en un bolsillo de su impermeable, dijo algo que me produjo un sobresalto esperanzador:

—¡Vaya! Tengo que ir de nuevo a su casa. Me dejé olvidada la agenda en la mesa del teléfono.

Hicimos el resto del trayecto en silencio. Yo observaba la tarde gris cayendo sobre la ciudad, sobre los altos bloques oscuros de las zonas en prolongación, palpitando de desolación y deseo.

Jamás volvería a verla, jamás. Y, sin embargo, no era posible que aquellas dos semanas junto a ella sucumbieran de un modo tan inexorable. Su mirada ambigua, el gesto fascinante de su boca, su cuerpo alargado y sugerente habían penetrado de tal modo en los ámbitos de mi universo, que perderlos de pronto, tan sólo me conduciría, estoy seguro, a una definitiva consumación.

Cogió la libreta de la mesa del teléfono, dijo «bueno, he tenido mucho gusto en conocerle; quizá nos veamos alguna vez... Distráigase, busque compa-

nía», y se dirigió decidida hacia la puerta para marcharse. A veces se siente como si algo, concretamente localizado en la caja craneal, el corazón y el estómago, estallase en una súbita explosión sanguínea que, si bien te ciega momentáneamente, no por eso te impide llevar a cabo el acto que, súbitamente, has decidido ejecutar.

Entonces, justo cuando iba a salir, la cogí de una mano con fuerza y tiré de ella hacia mí. Después, trastornado, busqué su boca y la besé con desesperación. No hizo ningún gesto de rechazo; tampoco llevó a cabo ningún movimiento que indicase alguna iniciativa por su parte. Permaneció inerte hasta que yo separé mis labios de los suyos.

—No te vayas... —le dije con un evidente tono de súplica, procediendo de nuevo a besarla en seguida.

Después, inalterable, escrutó mis pupilas calibrando el fondo de mis sentimientos, la desesperación de mi soledad, mi historia, mi tragedia en suma.

—Tengo que irme... Déjeme. Mañana vendré a la misma hora de siempre.

Y se separó de mí, traspasó la puerta y se alejó a paso vivo del chalet.

No pude conciliar el sueño en toda la noche, y a las seis de la mañana ya estaba en pie iniciando una desazonante espera poblada de temores: me torturaba la incertidumbre de que aquella frase, «mañana vendré a la misma hora de siempre», tan sólo hubiese sido una piadosa mentira a modo de despedida, un recurso para evitar cualquier escena demasiado violenta o desagradable en un momento crítico. Tenía constancia, sin embargo, de su comportamiento escrupuloso y exacto durante los quince días que atendió a mi madre y de la seriedad general de su conducta, pistas que, en otros instantes, me permitían sostener la esperanza de que ella cumpliría su palabra. Pasé la mañana dando paseos nerviosos por el oscuro pasillo del chalet, subiendo y bajando al piso alto, asomándome a las ventanas que daban al jardín y mirando al reloj de pared cada cinco o diez minutos

para comprobar todo lo lento que pasa el tiempo en un día de aguacero cuando se espera a una mujer abominablemente deseada y todo confluye en el hecho de aguardar.

Un impacto ardiente saltó desde el estómago hasta la garganta cuando, a las tres en punto, desde la ventana del comedor, la vi avanzar hacia el chalet con paso regular y una mirada incierta que parecía observar de un modo neutro la panorámica del barrio empapado.

—Vengo a hacerle compañía un rato —me dijo nada más entrar, y aunque este saludo resultaba decepcionante dada la magnitud de mis sueños, la increíble realidad es que ahora, con ella dentro de la casa, mis desaprensivas esperanzas podrían tal vez consumarse.

Apenas llegó, se dispuso a preparar un café, y durante todas sus evoluciones desde el comedor hasta la cocina y desde la cocina hasta el comedor, la seguí continuamente, hablando de nada, con el estómago contraído por la tensión de un deseo que tenía que sofocar de alguna forma. Había probado la humedad cálida de su boca perversa y ya no era posible renunciar a ello.

Durante el transcurso de la tarde la atrapé de forma imprevista en las ocasiones más intempestivas: al traspasar una puerta, al acercarse a encender la lámpara de pie, al cruzar por rincones sumidos en la penumbra. Ella no ofrecía nunca ninguna resistencia; permanecía laxa e inmóvil mientras duraban estas embestidas, y apenas la dejaba, proseguía con la acción que tuviese entre manos como si nada hubiese ocurrido, situando absurdamente en una especie de paréntesis de lo inexistente, episodios que para mí eran conmocionantes. En seguida pronunciaba alguna frase irrelevante con la que trataba de iniciar una conversación ajena a mis propósitos o tendente a desviar mi atención hacia temas baladíes: «Tendría usted que tapizar los sillones» o «se le están secando las begonias», por ejemplo.

Aquel día y a la hora de marcharse, junto a la puerta, se reprodujo la misma escena de la tarde anterior. La besé con desesperación y, suplicante, la rogué que volviera.

Sólo al cabo de una semana, después de tomar café y tras una conversación en la que narré puntualmente mi dramático itinerario por diversos hospitales durante una penosa niñez, cuando yo estallaba de deseo y ella parecía sofocada por el bochorno de la estancia caldeada por la estufa, y probablemente anonadada a causa de mis palabras, que habían descrito con precisión mis prolongados padecimientos, permitió que yo desbordase todos mis deseos y mis oscuros instintos en su cuerpo. Avanzó con desgana al conducirla hacia mi dormitorio, y cuando consumé torpemente todos mis podridos sueños, ella permaneció mirando al techo y, alternativamente a mis ojos, quejándose a veces, con una expresión indefinida donde cualquier estado de ánimo podía inscribirse: la serenidad, la indiferencia, el dolor o el espanto. Cuando terminamos no dijimos ni una sola palabra sobre lo sucedido; tampoco cuando se repitió más veces otros días, como si se tratara de un hecho innombrable, que sucedía, pero del que no quedaba constancia en el recuerdo.

A partir de entonces, con cierta regularidad, cuando después de reiteradas excusas en días sucesivos, ella ya no tenía ningún recurso para negarse, la encaminaba hacia mi vieja cama niquelada para conducirnos cada vez con mayor tranquilidad, con el sosiego que produce el aprendizaje paulatino de una técnica compleja y variada.

Y al comienzo del otoño, ella se estabilizó en una fase de inercia que yo adjetivaría de fatalista: apenas se oponía a ningún género de insinuaciones y accedía a mis tortuosos deseos con la tranquilidad de quien afronta sucesos inevitables. Mi lascivia, contenida durante tantos años, fue así ganando terreno en el transcurso de los meses, sin que ella dejara de mostrar por eso una singular atención a mis gustos de

otro tipo, detalles de carácter doméstico, por ejemplo, que trataba de cuidar con amorosa delicadeza y diligencia durante las horas que permanecía en el chalet. Y, sobre todo, me ofrecía continuamente una presencia suave y tranquilizadora, y una sonrisa casi permanente que parecía dedicarme como un obsequio precioso.

Aquellas navidades montó en un rincón del comedor un belén pequeño que me produjo, en realidad, una intensa melancolía, porque fue por esas fechas cuando empecé a advertir un indeterminado distanciamiento en su conducta o, por lo menos, me di cuenta entonces de ciertas actitudes que quizá existieron desde el primer día. No es que ella se mostrase menos amable conmigo o me rechazase de algún modo; jamás lo hizo. Pero la percepción de una vaga rigidez cuando la tenía entre mis brazos y, loco, recorría su cuerpo con mi boca; la ausencia de gestos cariñosos espontáneos que partiesen de ella y la aparición inopinada de una ambigua severidad en su expresión, como si alguna preocupación que trataba de disimular la atenazase, me indujeron a pensar que nuestras relaciones, lógicamente, habían iniciado su declive. Si le preguntaba «¿qué te pasa?», sonriendo invariablemente, me respondía:

—No me pasa nada. Te lo aseguro, no me pasa absolutamente nada. Ves cosas que no existen.

Pero todo continuó lo mismo. Por eso el comienzo de la primavera me sorprendió en el umbral de cierto estado depresivo. Ella afirmaba reiteradamente que nada había cambiado en sus relaciones conmigo, pero yo apreciaba, de forma paulatinamente más flagrante, sobre todo cuando me aproximaba a ella, una tensión creciente en su cuerpo delgado y sinuoso, que yo deseaba cada día más. Comencé a sospechar, y estaba en lo cierto como dolorosamente comprobé después, lo que ocurría. Pero aterrorizado por aquella sospecha, ni siquiera hice la menor alusión al tema por temor a recibir una declaración que me hubiera, sí, desintegrado.

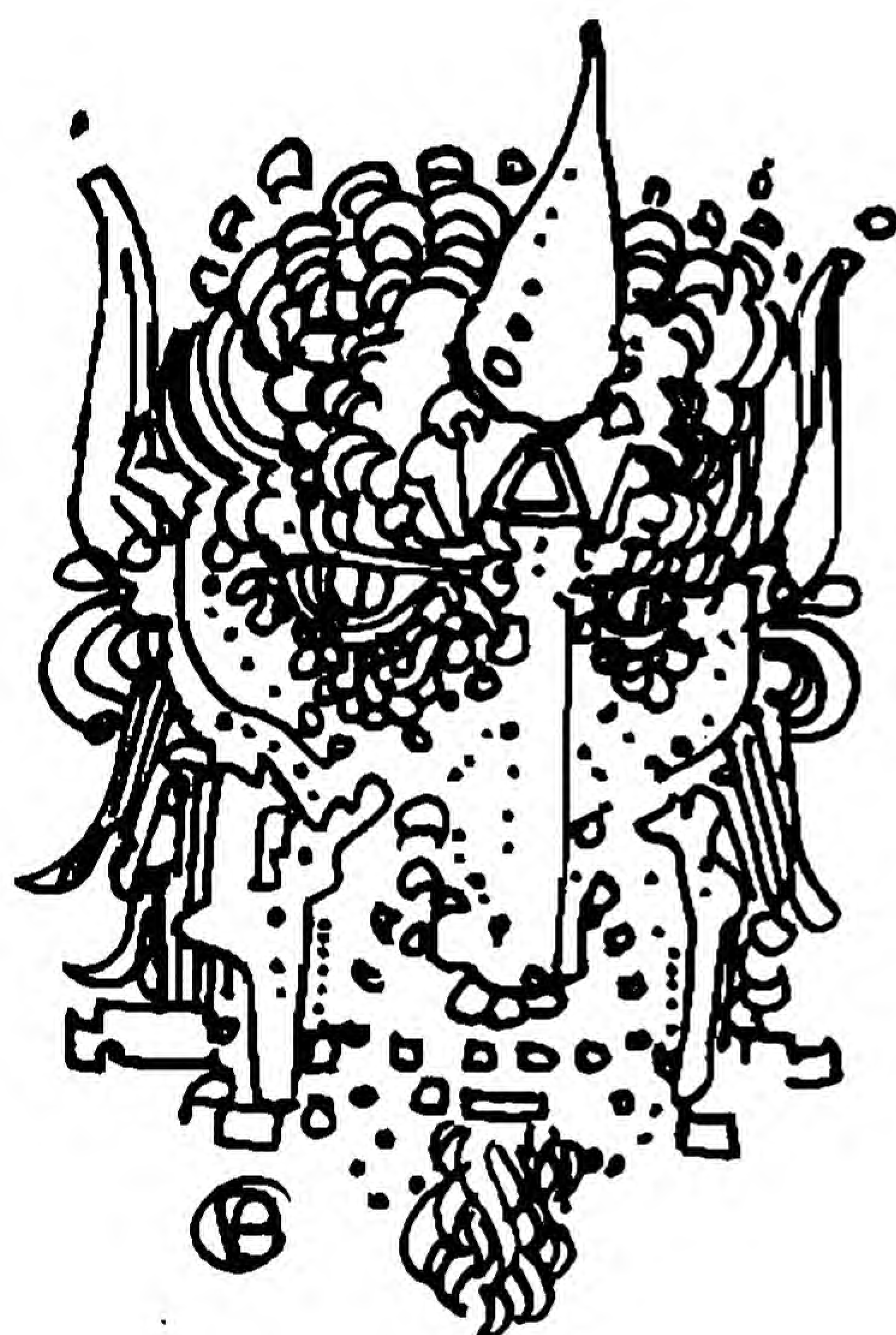
Incluso pensando que los ámbitos sombríos de aquella casa fueran la causa de su estado de ánimo, me decidí a vender el viejo chalet lleno de humedad y grietas, para comprarme un apartamento nuevo en el centro de la ciudad.

El día anterior al fijado para la mudanza, incluso cuando había comprado muebles nuevos de impecable diseño para sustituir al vetusto mobiliario que languidecía en el chalet desde que yo tenía uso de razón, se produjo la terrible revelación que jamás, nunca, hubiera deseado conocer, aunque mis relaciones con ella hubieran seguido funcionando sobre la falsedad.

Hacía un buen rato que Cristina se había marchado aquel anochecer cuando advertí que, en el borde de una estantería de la biblioteca, se había dejado olvidada una pequeña agenda con las tapas negras. Alguna vez me refirió que llevaba un diario donde consignaba, sobre todo, sus experiencias íntimas, digamos sus avatares espirituales. La tomé entre mis manos y, sin poder mitigar la curiosidad, esperando encontrar allí la explicación a su ambigua actitud de los últimos meses, busqué entre distintos textos en los que yo no salía a relucir para nada, alguna declaración reveladora. Y la encontré. El apunte pertenecía al 24 de abril, y transcribo textualmente una confesión que me dejó, literalmente, al borde de la locura:

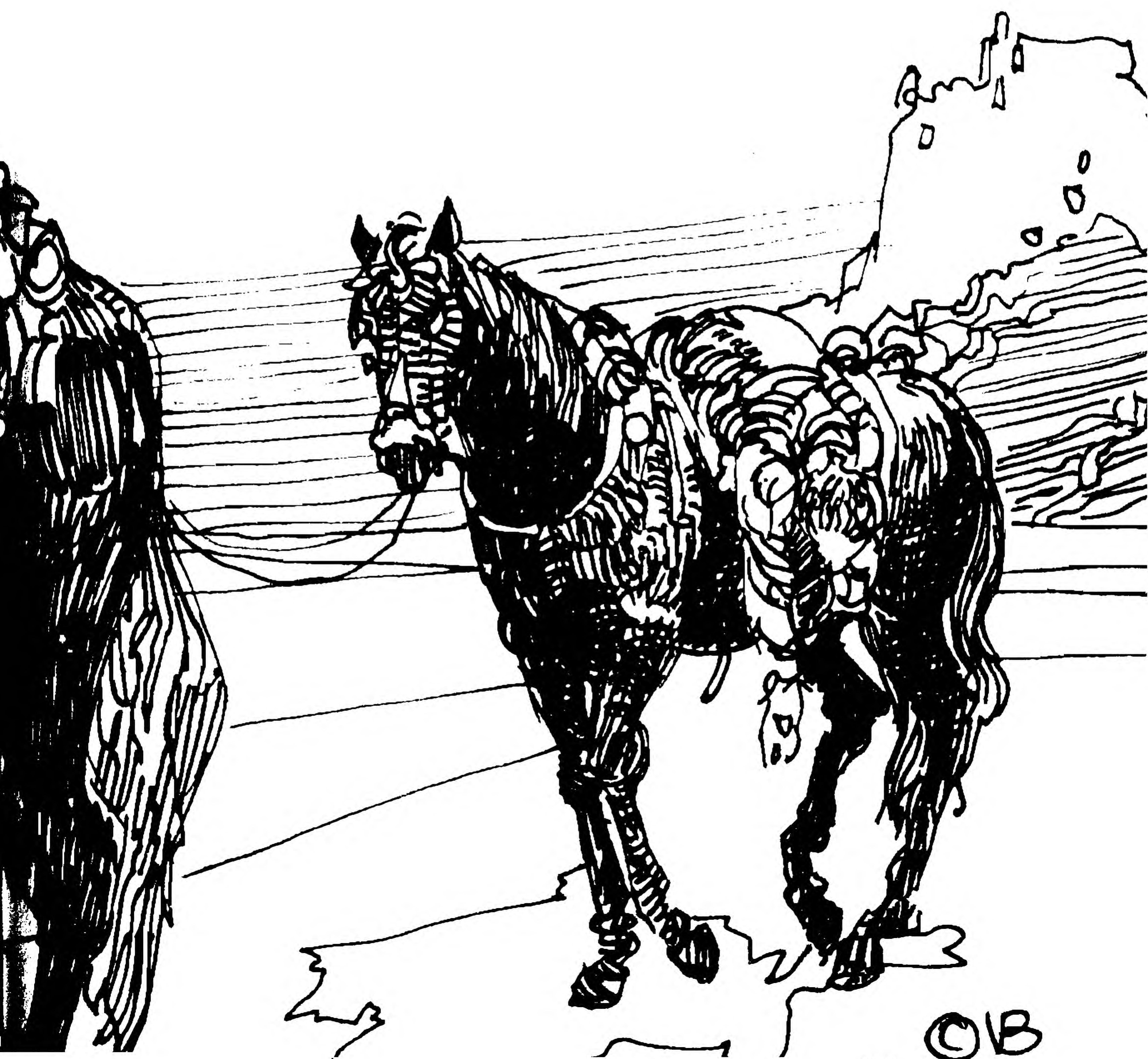
«No puedo más; las fuerzas me abandonan para proseguir este inhumano sacrificio. ¡Dios mío, Dios mío! Dame valor para continuar o aclarar mi entendimiento a fin de encontrar la forma de romper esta situación con el menor daño para Eugenio. Los actos de misericordia no son posibles cuando traspasan ciertos límites, cuando se actúa contra la naturaleza. He pecado profundamente por entregarme a una acción que preside los objetivos de mi orden: la Misericordia, la Caridad. Pero, ¿cómo saldré de esta situación ahora que me resulta ya intolerable la repulsión infinita que él me ha producido desde el primer día? Señor, perdóname y dame fuerzas».

El hombre llamado Eugenio, con la agenda en la mano, permaneció inmóvil, sentado en el sofá, asumiendo la caída de la noche sin apartar la vista de la pared de enfrente, completamente abstraído, durante un tiempo que es imposible precisar, quizás durante siempre. En su enorme cabeza crecían tan sólo mechones dispersos de cabello ralo que dejaban al descubierto un cráneo monstruosamente dolicocéfalo. Sus globos oculares saltones se veían impregnados continuamente de un líquido viscoso que, de vez en vez, se derramaba por sus mejillas llenas de berrugas y protuberancias. La boca, desmesuradamente grande, mostraba unos labios pegajosos por cuyas comisuras no podía impedir que, periódicamente, apareciesen finos hilillos de saliva turbia. Si hubiera sonreído, habría sido posible apreciar unos pocos dientes carcomidos y negruzcos que bailaban en unas encías blandas. Desde que nació, su cuerpo estuvo siempre cubierto de manchas tiernas y violáceas que emanaban un olor hediondo.





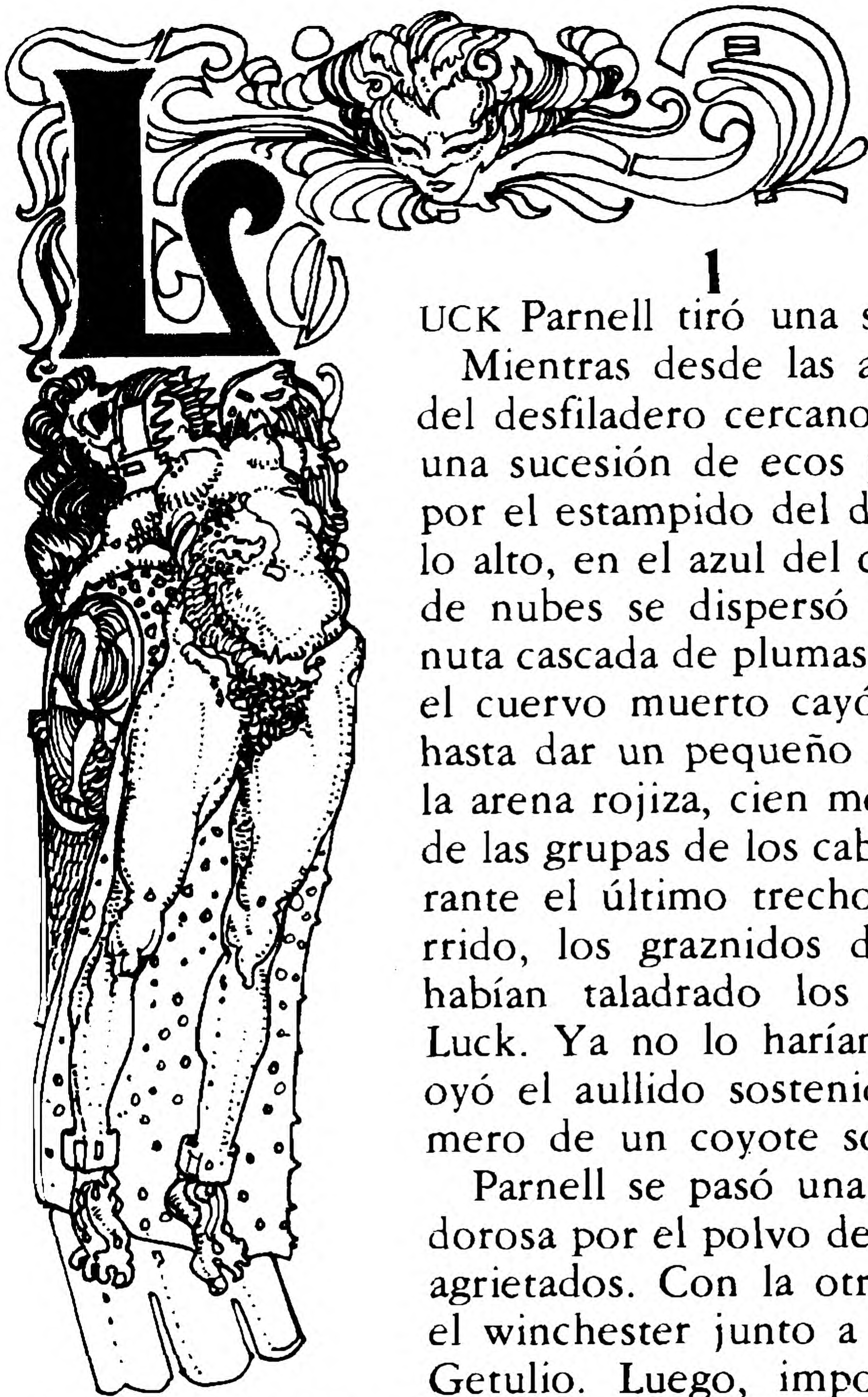
Insolación en el valle de la muerte



Insolación en el valle de la muerte

Manolo Marinero

Sediento, con la piel resquebrajada por el implacable sol, perseguido por un fúnebre cortejo de coyotes, Luck Parnell transportaba su macabra caza a través del desierto. El hedor que despedía el cadáver del hombre que mató a su hermano era insoportable, pero su cabeza valía mil dólares oro en California.



1

LUCK Parnell tiró una sola vez.

Mientras desde las angosturas del desfiladero cercano resonaba una sucesión de ecos provocada por el estampido del disparo, en lo alto, en el azul del cielo vacío de nubes se dispersó una diminuta cascada de plumas negras. Y el cuervo muerto cayó a plomo hasta dar un pequeño rebote en la arena rojiza, cien metros atrás de las grupas de los caballos. Durante el último trecho de recorrido, los graznidos del cuervo habían taladrado los oídos de Luck. Ya no lo harían. Pero se oyó el aullido sostenido y lastimero de un coyote solitario.

Parnell se pasó una mano sudorosa por el polvo de sus labios agrietados. Con la otra enfundó el winchester junto a la silla de Getulio. Luego, imponiendo la lógica a sus menguadas energías, pasó a McAllister desde el lomo de la yegua pinta al del alazán. McAllister pesaba más que las anteriores veces. Parecía engordar después de muerto.

—No lo hago por tí, hijo de la gran puta— le comentó Luck a su presa—. Pero Nubecita te ha cargado desde Los Yesos y merece descansar.

Parnell puso la bota recalentada del pie izquierdo

delante de la del derecho. En seguida hizo al revés. Luego el otro movimiento. Y siguió avanzando. Sentía pinchazos en los músculos de los muslos. Ya no sudaba. Notaba las sienes más delgadas que nunca, apretándole las cejas. Las cejas que le picaban, como si estuvieran salpicadas de sal. La ropa, encogida por el sudor ya seco, le colgaba floja sobre su delgadez.

Los labios cortados le hicieron daño, al estirarse en una media sonrisa, cuando Luck descubrió la estrecha franja de sombra a lo largo de la pared derecha del desfiladero.

Al entrar en él, se desvió y desvió a Getulio con un leve tirón de las riendas, para guarecerse del sol. La yegua les siguió automáticamente, empapada de espuma lechosa. La sombra fue una bendición para el hombre de Oklahoma y para los dos animales. El hombre de Fresno no podía disfrutarla. O, ¿quién sabe? Quizá sí. ¿Quién podría apostar con sensatez sobre la indiferencia o las preferencias de los muertos? Pero, satisfecho o apático, todo lo que hacía aparentemente Cool McAllister era apestar. Seguramente para vengarse, en el olfato, de aquél hombre que le había rastreado durante tres meses en un radio de quinientas millas, hasta cazarle en Milford. Si el heno no se hubiera metido por las ventanillas de la nariz de Cool, éste hubiera tenido su oportunidad frente a Luck Parnell. Pero el cazarrecompensas saltó por la parte de atrás del establo, y cuando Cool se incorporó sobre el obeso cuerpo desnudo de Társila Briggs, el polvillo del heno se alió repentina y decisivamente con el perseguidor. Cool McAllister falleció estornudando. Una muerte indigna para un pistolero de su talla, pudo pensar el cadáver de Cool.

Luck Parnell resopló y se quedó detenido, exhausto, casi involuntariamente. Se pasó los dorsos de las manos por los párpados que, irritados desde varios días atrás por una luz cegadora, le escocían y le parecían inflados de arena rasposa. Luego se quitó el sombrero y se rascó los tres mechones pelirrojos que cruzados tapaban su calvicie.

2

Luck empezó en el negocio a los veinte años, junto a su padre Richard Amós Parnell y su hermano mayor Dick. A Richard Amós Parnell se le conoció como el Diácono. Era de una cortesía exquisita, vestía con pulcritud trajes negros y camisas blancas que parecían siempre recién planchadas, y siempre hacía gala de discreción, ya en los burdeles, ya en las camas de las casas de sus vecinos. Cazaconejos fue su segundo mote. Pero nunca nadie le dijo a la cara el Diácono Cazaconejos. Los tres Parnell mataron entre 1871 y 1892 a unos cuarenta o cincuenta forajidos. Richard Amós fue el mejor tirador de la partida, pensó Luck. Siempre escogía antes que nadie a la mejor puta, sin consentir protestas, pero pagaba por los tres. Al Diácono le molestaban sobremanera las discusiones de burdel. Tanto como las disputas en los bares, recordó Luck. Un burdel y un bar eran lugares tan serios para el Diácono como una oficina de sheriff, un Banco o un Juzgado. Fueron aquellos años veintiún años agradables, hasta que toda la población de una aldea de Kentucky, Graves, un misérrimo po-

sintió un golpe de odio intenso, pero pronto se recobró con su característico buen humor.

—Te cacé, cagón —le dijo.

Y añadió:

—La oí a tu fulana dar berridos desde la calle principal. Te gustaban gordas, ¿eh? Jodíais a gusto, ¿eh, malnacido? Pues me alegro; eso te perdió.

Luck se dejó caer despacio en la arena. Quedó sentado, con la espalda recostada contra la piedra lisa. Los ojos húmedos del alazán y de la yegua pinta le agradecieron el gesto. Habría un descanso.

Luck pensó en su cuñada. Adoraba a su cuñada, desde que ella le invitó a frijoles colorados la primera vez. Era delgada, pecosa, callada y risueña, tal como le gustaban las mujeres a Luck. Se rascó la nariz despellejada. Estaba dispuesto a esperar, por decencia, dos y hasta tres meses a partir del día en que le diera la mala noticia. Luck respetaba las formalidades, tal como le había enseñado su padre, el Diácono. Y el luto era una de las formalidades más serias.

3

Dick había sido alcanzado en la cabeza por Cool McAllister en Tohatchi. Por el cochino Cool McAllister. Pero Luck no abandonó el cadáver de su querido hermano, hasta que pudo enterrarlo junto a una iglesia baptista, tres días después. La pecosa Roseanna se sentiría orgullosa de él por esa acción. Luck se había portado dignamente, sabedor de que en el fondo Dick era algo religioso, y, sobre todo, de que su viuda era muy, muy religiosa. Además, Luck había conseguido vengar a Dick en el establo de Milford, como podría atestiguar aquella cerdita de piel rosada que delató a su hombre, metiendo más ruido que toda una piara. El asesino de Dick estaba allí, pagando sus pecados, descomponiéndose en aquella sartén de desierto. Su hedor era insoportable, pero la cabeza de Cool valía mil dólares oro en California.

Luck no tendría por qué contarle a la risueña Roseanna que el cuerpo de su marido, Dick Parnell, yacente en lugar sagrado, tenía dos balas dentro. Una de entrada por delante, por el entrecejo, y otra de entrada por detrás, por la nuca. Es que Luck había querido asegurarse de la eficacia del disparo de aquél canalla fugitivo llamado McAllister. Ningún tirador era de garantía para Luck, luego de la muerte del Diácono. Pero fue un repente. Un acto reflejo, igual que, a veces, si alguien tose tosemos, aún sin querer. Es algo incontrolable. Si alguien silba al lado nuestra melodía favorita, se nos escapa tararearla. No lo pensamos, pero la estamos tarareando. Así sucedió. Además, si el perro de Cool no le hubiera acertado a Dick en medio de la cabeza, a Luck no se le hubiera pasado por la imaginación rematar a su querido hermano de un tiro en la nuca. A Dick Parnell, el Cuellicorto, su compañero de juegos en la infancia y de cacerías desde la juventud. Fue sobre todo para ahorrarle dolores, pensó Luck convencido, pues nunca pudo tolerar que alguien hiciera daño a su hermano mayor, y para evitar que el bueno de Dick quedara para siempre necio o mudo o paralítico o ciego, y Roseanna se tuviera que joder el resto de su vida, cuidando a un impedido. Dick era un hombre de acción. No le hubiera hecho maldita la gracia pasarse la vida en un sillón, con la única pierna buena paralizada, o cazar moscas escondido en un cuarto aparte, él que había cazado tantos hombres peligrosos. Pero el consuelo de la conciencia de Luck dejó paso a un súbito ataque de ira. Se puso en pie de un salto, dio tres pasos, y asestó con todas sus fuerzas restantes un tremendo puñetazo en la coronilla polvorienta y manchada de sangre seca del asesino de Dick.

—¡Por criminal! —rugió Luck.

Dio un paso atrás. El alazán Getulio dio tres pasos atrás. Luck se picó y dio cuatro pasos adelante. Entrelazó los dedos de sus manos y propinó otro terrible golpe sobre la cabeza del cadáver.

—¡Hijo de mofeta! —bramó Parnell—. Tumbaste

a Dick. ¡A Dick, lo único que me quedaba en esta vida!

El alazán, asustado, siguió retrocediendo unos pasos, los húmedos ojos fijos en su dueño, cuyas reacciones escudriñaba. A la vez ponía, de fijo inconscientemente, su pesada y maloliente carga fuera del alcance de los arrebatos de Luck.

4

—Si Roseanna me rechaza, ¿con quién voy a hablar los días que me quedan de vida? —se quejó Luck, que se había puesto triste por aguantar durante semanas la temible soledad—. Mi hermano Dick era un buen tipo —aseguró para nadie—. Un estupendo hablador. Muy buena compañía. Me gustaba charlar con él al regreso de cada cacería. El sabía los chistes antes que nadie. Se enteraba de cada chiste nuevo, y los contaba de cojones, Cool McAllister.

—Dick era mayor que yo —prosiguió Luck sin que se interrumpiese su temible soledad—. Estuvo en muchos más sitios que yo. Yo nunca he estado en ciudades con calles de piedras. Y él se acostó gratis con más de cinco mujeres. En Amarillo, en nuestra Oklahoma, todos le querían. Era el chico mejor parecido de Amarillo, Oklahoma. Eso, muchos años antes de que aquellos cabrones de una maldita aldea le estropearan la pierna. En nuestro pueblo les enganchó su cola a todas las chicas, menos a Peggy Finklea, mi novia, y a nuestra hermana Melba...

Luck daba vueltas a su sombrero, girando los dedos de su diestra dentro del hueco.

—... No comprendo cómo pudiste acertarle, antes que él te atravesara, bandido piojoso, y no sé cómo se me desvió el disparo desde tu cochina cabeza hasta la suya, mamón. Si hubiera estado en Tohatchi con nosotros padre te habrías enterado, mierda. Sí, mierda, que hueles a mierda. Te aguanto la peste

porque me darán mil dólares por aguantarte la peste, ¿qué te creías, cabrón? ¿Te creías que me gusta viajar contigo? ¿Te creías que te he estado enseñando los montes Needle, y el Primavera India Valley, y los Amargosa, y que te estoy enseñando el Valle de la Muerte, y que te voy a enseñar el Desierto Mojave por gusto, lerdo?

Luck se sacudió el polvo blanquecino de los zahones con su sombrero. Y se acarició los tres mechones rojizos que le nacían sobre la oreja izquierda, y que resbalaban hasta encontrarse con un poquito de pelo más sobre la oreja derecha. Luego los volvió a alisar, tras un inútil gesto de cargar saliva con la palma diestra, sobre la pálida curva de la cabeza pelada. Desde tres dedos por encima de las cejas hasta debajo de la nuez tenía la piel tostada como un indio, o levantada.

—Y además apestas, amigo —dijo, mirando con una mueca de burla al difunto—. Pero no te creas que vas a pudrirte antes de que lleguemos a la Costa, so puerco. ¡No sé ni me importa por qué vales mil dólares, pero los vales y me los voy a cobrar, te lo juro, jodeguarras!

—... Quinientos son para Roseanna... corresponden a la viuda de mi hermano, es la parte de Dick, ... mi Roseanna, ¿te enteras? ¡Bah! ¡Qué sabrás tú de la honestidad! Yo jamás he hecho trampas en cosas de dinero, desde que mi padre Cazaconejos me rajó el culo con toda razón y ejemplaridad.

Y Luck se rascó su culo derecho, satisfecho.

—Yo no le voy a engañar a esa pobre viuda, a mi Roseanna, pero a ti eso no te importa. Ni me estás escuchando. ¡Bah! ¡Qué sabrás tú de los sentimientos generosos, del desprendimiento, apestoso bandido, cochino salteador de trenes!

Luck estaba tan a lo suyo, que no llegó a escuchar el lamento o la risa de un coyote.

—... Mi buen padre el Diácono me enseñó esas virtudes y otras, ¿sabes?, pero a buen seguro que tú nunca conociste al tuyo.

Luck se rió, por esconder su tristeza, y en seguida se arrancó cuidadosamente un pellejo que le molestaba en el labio inferior. Cerca de allí un coyote se reía también, o quizás se quejaba, de su suerte.

—¡Igual fuiste tú hermanastro mío! ¡Lerdo y bastardo, qué compañero de viaje!

El cuerpo entero del flaco Luck se sacudió en convulsiones, en una serie de carcajadas descontroladas, que en un lugar decente y ante testigos, hubieran resultado grotescas y escandalosas. Luego recompuso su figura, estiró un brazo, y, asiendo las riendas de Getulio, tiró de él una, dos y tres veces, obligándole a reemprender la marcha. Nubecita obedeció el movimiento. Se oía a uno y a dos, quizás a tres coyotes ladrándose como perros en celo.

—Tú no me tengas nunca miedo, Getulio. Me conoces bien, y sabes que soy un puma con los renegados, pero un bendito con los animales...

—... Y tú, Cool, entérate de que Richard Amós Parnell jodió más que el primero. A madre la amaba. La trataba como a una maceta con flores delicadas. Pero a las putas de diez centavos las hacía dos carantoñas por la escalera, y las enchufaba el rabo mejor que yo y que nadie. Mejor incluso que mi hermano Dick, ¡caramba!... Y eso es lo que tú vales de verdad, hijo de la grandísima puta. Diez centavos. ¡Pero afortunadamente, en la costa de California, piensan distinto!

Luck se rascaba la nariz despellejada y la plana barriga al caminar, entrando en el sol, fuera del acogedor desfiladero. A veces rascaba también los hocicos casi secos de Getulio, y le acariciaba las crines.

—... Ya sé que te he cargado de carroña maloliente, Getulio, pero, ¿qué quieres? Es nuestro oficio, el tuyo y el mío. Mi pan y tu pienso y el de Nubecita.

Seguramente eran tres los coyotes a los que se podría oír aullar, si se les prestase la mínima atención, a la altura del desfiladero. Pero quizá fueran cuatro.

—Getulio, cuando nos den la recompensa, le voy a regalar un reloj con retrato a la mujer de Dick. A la

viuda de Dick, mejor dicho. Y me voy a comprar unas botas nuevas. Estas me muelen. Y están hirviendo, joder!... ¿Te hierven a ti los cascos?... ¡Ja!... y todo a cuenta de este desalmado y de los que vengan, Getulio.

Luck caminaba sobre la arena escaldante, rascándose inconscientemente una nalga. No pensaba ahora en que su padre le había castigado por sacar monedas del tarro de cristal de la alacena, cuando niño. Del tarro que le servía entonces de bolsillo de la compra a su madre. No pensaba que, si se diése la vuelta, vería a unos cincuenta metros, a cinco coyotes avanzando tras el pequeño cortejo en media luna. Sentía dolor en toda la piel, y en todos los huesos, y en todas las entrañas, pero Luck Parnell no pensaba en nada.

5

Los ojos claros del cazarrecompensas, medio cerrados por los párpados irritados y encogidos, seguían fijos en la llanura de arena de delante, bañada de sol. Ni siquiera advertía que aún le dolía mucho más la lengua hinchada al fondo de la garganta que la piel quemada y los huesos molidos y las entrañas enroscadas. Pero sí advirtió súbitamente un destello, un anillo de colores a cinco pasos. Y oyó el zumbido siniestro del cascabel de una serpiente. La mano de Parnell se movió como un rayo. Y el revólver quemó en la palma, al disparar. Sin embargo, el fuerte destello cegaba a Luck. Este recordaba la rapidez de los saltos de las serpientes de cascabel, y lanzó su sombrero oscuro sobre el destello, tapándolo; y siguió disparando sobre el bulto sin parar hasta después de agotar las cinco balas del tambor. Sin salirse de su sitio, cargó de nuevo el revólver con economía de movimientos. Sus ojos veían cómo un círculo naranja, luego verde y luego azul rodeaba el bulto os-

curo de su sombrero, comiéndolo hasta reducirlo a un punto negro.

—¡Maldito Getulio! —bramó Luck a su caballo—. ¿Cómo no me has avisado?

Luego avanzó de lado, en curva, acercándose al punto negro, buscando dar la espalda al sol del mediodía. Se frotaba los párpados con la izquierda, con el brazo armado alargado, recto. Distinguía perfectamente ahora el sombrero agujereado tras el que se escondía la serpiente de cascabel. Miró con aprensión la arena del derredor. Las serpientes saben avanzar enterradas. Y descargó el revolver sobre el sombrero, guardando dos balas de respeto. El sombrero estaba destrozado. Luck pensó que si sería posible que hubiera ido volando de uno a otro lado por los disparos, pese a que él lo había visto siempre quieto donde lo lanzó. Le pegó una patada con su bota ardiente. Y abajo sólo vio arena. Ningún rastro de pedazos de serpiente. Luck Parnell se maldijo.

Silbó a los caballos. ¿Estaría viendo visiones? Allá lejos, detrás de sus caballos, le parecía ver otros cinco puntos negros empequeñeciéndose. Parecían cinco perros alejándose. Pero sólo eran puntos negros. Efectos del condenado sol de infierno. Si Getulio y Nubecita no se habían asustado con el zumbido del cascabel... ¿Se habrían vuelto ciegos y sordos los pobres caballos tras tanto sufrimiento? Pero no. Acudían cansinamente, obedientemente a su silbido, transportanto al canalla de Cool McAllister.

Luck enfundó el revólver casi vacío, y tomó las puntas de las riendas de Getulio. La piel negra del alazán desprendía baba. Al cazarrecompensas le dio compasión. Estaba dispuesto a un gran esfuerzo físico para premiar la lealtad de su caballo. Lástima que no dispusiera de un machete de los que usan los mejicanos. Pero tenía su cuchillo de monte. Tendría que ser un brazo y una pierna, para que Cool guardara el equilibrio sobre la silla.

Minutos después Luck y sus caballos desaparecían de la vista de los coyotes, que zarandeaban ávida-

mente entre sus dientes el sanguinolento brazo izquierdo de McAllister y su ensangrentada pierna derecha. Los cinco grandes coyotes casi peleaban, mientras descarnaban los miembros vorazmente. Los nueve coyotes más pequeños les observaban con una paciencia forzosa, a la espera de devorar los huesos. Los cinco coyotes más fuertes, sin estar saciados, abandonaron con prudencia los huesos al círculo de coyotes más débiles que les rodeaba expectante.

—¡Diablos, Roseanna! —decía Luck—. Me gustas así como eres, delgada. No me calientan las gorditas que le gustaban a este monstruo de Cool. Ya verás cómo te hago olvidar a Dick. Dick era pendenciero. Tú lo sabrás mejor que nadie. Seguro que te pegaba, cuando volvía borracho. A mí el whisky, sin embargo, me pone muy cariñoso. Yo soy muy afectuoso, que te lo diga Getulio. Ahí lo ves, más descansado, con menos kilos que soportar. ¿Acaso miento, Getulio? Pues no creas que no me he esforzado por aliviarte. Estoy muy, muy cansado.

Los rayos de sol se clavaban ahora sobre la desnuda calvicie de Luck Parnell, sin obstáculo alguno.

Trescientos metros detrás, los coyotes contemplaban con curiosidad cómo el cuerpo del coyote más fuerte de todos se retorcía y se revolcaba por la arena, aullando en agonías. Posiblemente la mejor parte de Cool había sido demasiado bocado para su famélico estado. La sangre que salía de las fauces del gran coyote podía ser tanto del animal como del pistolero. Los cuatro coyotes grandes estaban medio satisfechos. Con indiferencia dieron el rabo al espectáculo, y prosiguieron la dirección del hombre y los caballos, relamiéndose. Pero los nueve coyotes débiles no estaban nada satisfechos. Y decidieron seguir observando las convulsiones del gran coyote hasta el final.

—Yo soy muy dispuesto, Roseanna —contaba Luck—. Soy capaz de los trabajos más pesados. Puedo cortar leña todo un día con un hacha mellada. Y con un hacha que no encaja bien en el mango. Seré

un buen marido. Me gustan los niños y los animales. Cuando cobre la recompensa... vas a saber lo que es ser feliz, ... luego de guardar el luto, naturalmente.

Entonces Getulio dobló las manos, agotado. Luck Parnell tardó unos pasos en descubrir que los caballos no le seguían. En seguida, regresó hasta ellos.

—Pobre Getulio. No te voy a abandonar así, aquí. Ya verás, Nubecita te va a aliviar. Y yo voy a ayudar a Nubecita. ¿Dónde metí el puñal?

—Si me haces eso otra vez, irás al infierno conmigo —le advirtió Cool McAllister.

—Tú a callar —ordenó Luck—. ¿No ves que Nubecita está también extenuada? ¿Te crees que le tengo más consideración a un mal hombre que a una buena yegua? —preguntó, dando un tirón del cadáver del pistolero, para dejarlo caer sobre la arena.

Luck arremangó enérgicamente el brazo derecho del difunto.

—Con esta mano, hijoputa, te cargaste al pobre Dick —recordó el cazarrecompensas, sacando su cuchillo de monte.

La insolación no es un proceso demasiado lento en el Valle de la Muerte, y el sol se cebaba en la cabeza calva de Parnell, levantándole en ampollas la fina piel.

—¡Dios! ¡Dios mío! ¡No! ¡Piedad! —pedía Cool.

Y dio un alarido pavoroso cuando el puñal empezó a trabajar en las junturas de los huesos de su hombro derecho, entre el omoplato, la clavícula y el húmero, desprendiéndolos poco a poco.

Luck hacía su faena a conciencia, aunque no era sordo a los horribles alaridos del indefenso McAllister.

—Calla, cobarde —la voz de Luck Parnell era calmosa—. Calla, no me molestes o te corto los cojones a continuación —el brazo estaba ya casi arrancado—. Sería muy fácil y rápido— el largo alarido del pistolero cedió, y se transformó en débiles gemidos—. Pero eso no le serviría de nada a Nubecita. Tus sucios cojones no pesarán más que un par de ciruelas

—limpió el filo del puñal en los pantalones del cadáver.

—Los cojones, no, Parnell —exclamó Cool con voz angustiada—. Te lo ruego, eso no —los ojos quietos del muerto estaban atentos a los de su verdugo, mientras el rostro ceniciento se había paralizado en un espantoso rictus de sorpresa y de dolor. Quizá esos ojos acusaban de salvajismo a Luck, quizá escudriñaban sus intenciones. Pero eran unos ojos impotentes.

Luck dio la espalda a la mirada acusadora e implorante, aquellos ojos casi salidos de sus órbitas, y empezó a apuñalar con habilidad de carnicero, sin compasión, entre el coxal y el fémur, machacando, con la rabia de un hombre cansado que debe hacer más esfuerzos, la carne muerta bajo el pantalón. Los aullidos de McAllister sí aterrorizaban a la pinta y al alazán, que se removían en semicírculos, relinchando sin sosiego, impacientes de que su amo concluyera su trabajo. Pero dejaban frío a éste, pues, al fin y al cabo, McAllister fue el asesino de su hermano, y al fin y al cabo, estaba en el infierno. Y al fin y al cabo (miró con simpatía a Nubecita y Getulio un segundo) él estaba realizando una acción piadosa, pues amaba a los animales, y jamás abusaba de ellos.

6

Mientras los cuatro coyotes fuertes avanzaban hacia ellas en línea de media luna, las figuras de Luck y Getulio y Nubecita se perdieron entre el polvo levantado, en lontananza. ¿Empezarían a perderles el respeto los nueve coyotes chicos que ahora les seguían a menor distancia que antes, alineados también en abanico? Habían podido oír los aullidos del coyote mayor. ¿Los dio antes de perecer por indigestión, antes de reventar y ser devorado? ¿O mientras los pequeños coyotes, impacientes y seguros de sí mismos

y de su número, le estaban devorando? Un coyote chico dio un aullido seco y repetido, como una carcajada. Y los otros ocho empezaron a aullar prolongada, quejumbrosa, monótona, amenazadoramente en coro.

Entonces uno de los coyotes de avanzadilla olfateó algo interesante y salió como una flecha levantando un surco en la arena. Los otros coyotes le imitaron.

—Así, bien atado, no te vas a caer, descuida —decía Luck Parnell.

El cuerpo mutilado del pistolero de Fresno iba bien sujeto con lazos cruzados sobre la silla de la yegua pinta. La cabeza se bamboleaba grotescamente sobre un flanco. Gotas de sangre resbalaban y salpicaban sobre la arena que las absorbía, ante los ojos saltones del difunto.

—A esos hombres de California les basta una prueba fehaciente de que no cometerás más fechorías, Cool McAllister. No les serviría una mano, por ejemplo. Con eso les podría engañar cualquier cazador de recompensas poco escrupuloso. Pero claro, ellos no se dejarían engañar. No soltarían los mil dólares. Hay que proceder con seriedad, hay que llevarles el cuerpo entero o la cabeza...

Los coyotes reanudaron la marcha tras el escaso festín. Seguían los surcos de hoyos en la arena, y en las manchas de piedra lisa se guiaban por el olfato. Uno de los más grandes resbaló sobre una laja. Se sentía pesado. Pero se incorporó con un rápido movimiento reflejo y continuó la marcha. Unos metros delante, volvió a pesarle la panza y volvió a fallarle una pata. Miró instantáneamente hacia atrás, hacia la escolta de los nueve pequeños, y se incorporó con aparente facilidad, y siguió la persecución, acercándose imperceptiblemente a sus tres compañeros de línea. Adelante surgía una pequeña cresta de dunas. Los coyotes grandes treparon, hincando sus patas en la arena con firmeza. Rebasaron la cresta arenosa y cenicienta. Pero al descender la pendiente, el coyote

de panza prominente volcó y cayó dando vueltas entre una polvareda.

Los tres coyotes más fuertes proseguían el avance con paso regular, las orejas inclinadas hacia delante, mientras detrás la jauría de los nueve coyotes menores desmenuzaba sin excesiva aunque sí encarnizada resistencia al glotón. Los más sabios de estos arrancaban su parte en dos o tres intentos y se separaban ladinamente del centro de la contienda por las partes mejores.

7

—Dick jamás te vio desnuda, Roseanna. ¿Que por qué yo puedo afirmar tal cosa? —Luck, algo avergonzado, soltó una risita nerviosa—. El mismo me lo contó. Siempre hacíais el amor a oscuras, y tú con camisón.

—Es verdad. No lo niegues. No dejes por embustero a un hombre muerto. —Añadía Luck, que caminaba haciendo de vez en cuando ligeras eses, seguramente un poco tocado ya de insolación.

—Pero conmigo tiene que ser distinto, Roseanna, me lo tienes que jurar. A mí, francamente, entre nosotros dos, lo de hacer el amor a oscuras con una chica en camisón... —La cabeza de Luck giró con velocidad del rayo, y sus ojos se clavaron en el cuerpo mutilado de Cool McAllister. Pero su expresión feroz se distendió en una sonrisa y él continuó el camino y la charla—. ¡No te preocupes Roseanna, no te pongas colorada! ¿No comprendes que este no puede oírnos? ¿No comprendes, querida, que está muerto? Sí, sí, es él, el asesino de Dick. Nunca más podrá hacer daño. Yo cerré su vida, allá lejos, en Milford. Milford está en Utah, cariño, junto a esos lagos salados. Sí, hay muchos de ellos, y el más grande es el Gran Lago Salado, algo tan malo como un desierto. Roseanna, amor mío, siempre fuiste mi amor, pero

yo soy un hombre formal, tal y como me supo adiestrar el Diácono Parnell, que en paz descanse, y no iba a interponerme entre un sagrado matrimonio baptista. Yo sabía que Dick era cuellicorto, y eso es peor que perder pelo antes de los treinta años, lo sé, pero por nada del mundo yo le tocaría un pelo de una trenza a una señora casada, ni le haría daño a un animal. Quiero decir a un animal domesticado, o a un pajarillo o a una cosa así naturalmente. A una fiera, o a un venado, o a un conejo es otra cosa. Me querrás, Roseanna, vas a verlo. Una vez probé un crecepelo, pero no funcionan. Esos médicos de carromato son todos iguales... Sobre todo, mantente delgada, cariño, así es como estás hecha una preciosidad... Vamos a tomar juntos grandes vasos de leche fría. No hay nada como la leche fría; mucho, muchísimo más sabrosa que la recién ordeñada; no, no, de eso estoy segurísimo, prefiero la leche fría, jamás volveré a tomar leche tibia. ¿Verdad que huele que apesta, cariño? Sí, es el puerco de Cool McAllister, que hiede como unas letrinas poco profundas, hechas a más correr, sin esmero. ¡Qué buen pozo negro el que te hicimos Dick y yo para vuestra casa! ¡Bueno! La que será nuestra, ¡por supuesto! ¡Ese sí que funciona como Dios manda! Sí, sí, se diría que a este condenado, después de muerto de mi mano, va y le da una diarrea. Si pudiera, dejaría por aquí a este forajido, pero, ¿y los del ferrocarril?

Se detuvo un instante y tomó de detrás del cuerpo de McAllister la cantimplora. Levantó la barbilla de Getulio y le echó unas gotas en tres movimientos, como manejando un hisopo, e igual atendió a Nubecita, sin parar de hablar con Roseanna, antes de refrescarse él mismo sabia y económicamente la punta de la lengua.

—¿Crees, querida mía, que se iban a fiar de mi palabra, que me iban a decir, toma, Luck Parnell, los mil dólares que te corresponden?

Luck Parnell saboreó el agua, pasándose la lengua húmeda por los labios despellejados.

—¿Crees que me iban a felicitar por mi trabajo, si no ven delante, en los tablones del piso de su despacho, a esta carroña?

Luck dio un tirón por las riendas a Getulio.

—No seas inocente Roseanna, que has ido a la escuela. Que yo sé mucho más que tú de estos negocios. Por cierto que el Cuellicorto, que Dick, quiero decir, te lo tendría que haber contado.

Caminó unos pasos más, sonriendo maliciosamente, antes de proseguir.

—¿O es que él no confiaba en tí, y te callaba estas cosas de nuestro gremio? ¡No me extrañaría! Uno, siempre que le han preguntado los curiosos en los bares y en las postas, ha contestado: ¿Qué soy yo? ¿Que a qué me dedico? Yo, señores, yo, Lucas Parnell, soy cazador de forajidos, buscarrecompensas. Implanto la ley, plantando canallas en las tumbas. Eso soy.

Luck rió satisfecho de sí.

—No te creo, me respondieron una noche en un saloon. Y yo: ¿Que no? Oigame usted bien, escuche y tráteme usted en el futuro de señor, señor Parnell, nada de Luck ya. Yo soy el hombre que libró a la sociedad de Big Bear Owen, y de Nathan Casman, y de los hermanos Warks, de los tres, ¿se entera? Pero una vez oí que a Dick le preguntaban: ¿Cuál es su oficio, forastero? Y le bermejean los carrillos y se rasca la barbilla y contesta: Bordador. Bordo galones para la Caballería. ¡Sería cobarde! Y otra vez, contestó que tratante de cominos. Pero cuando lo hizo peor, fue cuando le preguntaron a Dick en un bar de Tombstone por su profesión, y él estaba colocado, y dijo que les vendía espuelas a los indios. Di tú, Roseanna, que si fueron bromas, pase, pero quizá fuera falta de amor propio o de orgullo profesional, o cobardía, o atolondramiento.

8

Se dice que a los coyotes les gusta la carne podre, pero seguramente la carne podrida de Cool McAllister estaba demasiado podrida. Al menos para uno de los tres coyotes de mayor tamaño. Se le erizaron todas las cerdas de la piel, antes de caer con las cuatro patas estiradas, escupiendo McCallister entre los colmillos separados en breves y consecutivos vómitos. Los coyotes chicos, cada vez más sagaces, se cebaron en todas sus partes excluyendo las entrañas.

Los dos coyotes mayores avanzaron a partir de entonces con la cola tiesa.

Y Luck seguía su penosa marcha, explicándole a su amada el carácter de su difunto esposo.

—... era muy seco, lacónico, aunque honesto, eso sí, pero era poco divertido, nada expansivo, apenas se podían cruzar dos palabras con Dick. Me disgusta tener que confesarlo, pero, a veces, parecía un patán. ¡Como si no fuera un Parnell! ¡Como si no hubiera asistido a las clases del Diácono!

Luck se rascó la barba de cinco días.

—Oye, Roseanna, solo te pediré un favor en el resto de nuestras vidas. Cuando te refieras a mi difunto padre, que surgirán ocasiones para ello, a solas y ante extraños, llámale siempre Richard Amós Parnell, ... o, si lo prefieres, el padre de mi marido o el padre de Luck mejor, ... o, también, Parnell el Viejo, y hasta el Diácono. Eso no va a importar. Pero, por tu santa madre, sé sensata y bien hablada, tú que eres tan comedida y tan formal. Exprésate con corrección, te lo ruego: jamás le menciones a padre como el Cazaconejos.

La atención de Luck se desvió del respeto que le conservaba a su progenitor, cuando oyó un ruido flojo, y vio a Nubecita doblada de manos, moviendo el cuello suavemente al bies, hacia la arena.

Luck sacó el puñal y cortó las ligaduras de lo que quedaba del cuerpo de Cool McAllister. Luego puso

este sobre la ceniza arenosa boca arriba. Los ojos de Cool miraban el puñal espantados.

—Fui un imbécil, no haciendo esto de principio, a la salida de Milford —se recriminó el cazador de bandidos.

Los dos coyotes más fuertes y los nueve pequeños quedaron paralizados al oír en la lejanía los atroces gritos de Cool, mientras Parnell le cortaba con grandes dificultades la cabeza.

También allá delante, la yegua y el alazán daban grupas y coceaban ante el horrible espectáculo. Las manos cubiertas de sangre de Luck se movían en una espantosa amalgama de tendones, venas y vértebras destrozadas. El perseguidor, para ayudarse, tiraba de la mata de cabello de Cool con la izquierda, con las dos rodillas hincadas sobre el pecho, mientras aserraba trabajosamente la unión de dos vértebras cervicales. La cabeza de McAllister iba de un lado para otro, siguiendo los tirones de Luck, que la manejaba como a la palanca de una bomba de agua potable. La arena se encogía, oscureciéndose por la sangre derramada.

—Ahora te consiento que apestes —respondía Luck a los pavorosos alaridos—. Al menos hoy estás ablandado. Como si el desierto te hubiera cocido. A la salida de Milford, justo después de despacharte, cogiéndote con las carnes prietas y duras, en crudo, me hubiera costado sudar el doble trocearte, ladrón.

Y con un último y enérgico tirón de los pelos, acabó de arrancar la cabeza del pistolero. Al advertir que Cool había dejado de aullar instantáneamente, y que sus párpados dieron un seco estirón, ocultando los ojos saltones, comentó Luck:

—Recuerdo que alguien me contó que solo está seguro uno de que un hombre ha muerto del todo, cuando este tiene la cabeza y el corazón separados...

Se puso en pie fatigosamente, se limpió las manos ensangrentadas en la culera de los pantalones (rascándose de paso la cicatriz de la nalga, recuerdo de la instructiva autoridad del Diácono), y ató por los cabe-

llos la cabeza de Cool McAllister a la frontera de la silla del alazán.

9

Hubiera ocurrido lo que hubiera ocurrido media milla delante, a partir de entonces y durante más de tres horas, los coyotes aflojaron su avance. Aunque devoraron vorazmente el tronco de McAllister a su encuentro, se diría que no tenían ninguna prisa por atacar a un diablo. En el curso del seguimiento, uno de los coyotes grandes dejó escapar unos extraños sonidos, semejantes a eructos humanos. Luego abandonó la formación, desviándose hacia el norte. Este coyote acababa de dar una dentellada a uno de los chicos, arrebatándole una carnosa costilla de Cool. El pequeño tuvo que resignarse con apurar el sacro descarnado y casi mondo. Ahora, rencoroso, optó por seguir osadamente al coyote desertor, que parecía necesitar una buena siesta para digerir su generosa ración de carne descompuesta. Por las recientes experiencias, este coyote pequeño ya sabía que prefería la carne fresca de un cánido a la humana. Y recordó con buena memoria que también la prefería a la caballar. El trotecillo vacilante y pesado del desertor le alentaba a probar fortuna. El coyote grande miraba de trecho en trecho a su seguidor aprensivamente, pero se sentía incapaz de acometer ninguna acción de escarmiento contra el ágil importuno.

Un coyote grande y ocho pequeños seguían a distancia el inequívoco tufo de la cabeza de quien fue temible pistolero, la valiosa cabeza de Cool McAllister. Oscurecía muy lentamente. La pequeña comitiva caminaba de cara al poniente. Luck Parnell se había echado sobre los hombros su cazadora de piel de venado vuelta con cuello de oveja. Unos minutos antes, había sentido un escalofrío.

—Te estás haciendo viejo, Lucas —se dijo a sí mismo—. Más te valdrá liquidar a dos o tres buscados

de poca monta, sin demasiado peligro, ... y a descansar de una vez en la mecedora, junto al fogón. A Roseanna también le gusta balancearse en las mecedoras... Haréis una buena pareja, Lucas.

—Por otro lado —prosiguió— te podrías unir a la milicia de Wyoming. Es tu mismo trabajo, pero acompañado. En la milicia se puede sacar un buen dinero, y estando respaldado... Pero no; eso te obligaría a estar un año o dos lejos de Roseanna. Demasiado tiempo. Roseanna es muy atractiva. Cualquier mamón podría aprovecharse de tu ausencia. El luto deberá ser muy estricto, pero no te descuides, Lucas. No hay muchas mujeres solteras o viudas que cocinen los frijoles colorados como ella. Sé prudente. Podrías matar a Reno Gorch, que está buscado, y que tiene 51 años, cinco más que tú, Lucas. Pero, bien pensado, le deberías dejar rendirse a Reno, y entregarlo vivo. Al Diácono le parecería correcto. Reno tiene artrosis, o, al menos, eso es lo que se dice por ahí. Hace tiempo que no comete ninguna fechoría. Quizá haga años que no pueda manejar un arma de fuego. Tú estás en perfecta forma, como en tus mejores días, pero el pobre Reno Gorch está hecho una ruina. Además, el tiene por lo menos diez hijos conocidos de dos mujeres blancas y de la india con la que está escondido... Ahora que Roseanna y tú váis a ser padres, deberías respetar eso. Aunque seguramente más de uno de los hijos de Gorch se caería al suelo de risa si le dieran la noticia de que su padre ha muerto. Pero, ¿y las criaturas más pequeñas? Aunque sean mestizos sin alma, sería una jugarreta dejarles huérfanos. Recuerda, Luck, lo feo que está hacerle daño sin necesidad a un caballo o a un perro obediente o a un indio o a un pajarito.

10

La luna menguante apenas iluminaba el liso desierto conocido como el Valle de la Muerte. Las are-

nas amarillas y cenicientas se confundían ahora, todas grises. La cabeza de Cool se bamboleaba como un pelele, rebotando constantemente contra un flanco de Getulio, pringado de sangre coagulada. Un metro atrás de los cascos traseros del alazán, casi se arrastraba por la arena el morro pinto de la desfalleciente Nubecita. Turbaba a los caballos, cuyos cuerpos tiritaban a intervalos, el impresionante silencio. Pero Luck y la hueste de coyotes que le seguía a distancia, permanecían ajenos a aquel grandioso vacío de imprecisos horizontes.

—La buena gente te señalará a la salida del oficio, Lucas. Ese pelirrojo que va con Roseanna, dirán, es el famoso Luck Parnell. Hasta el pasado año fue el hombre más temido del Mississippi al Pacífico. Pero tiene un gran corazón, como su padre, el Diácono Richard Amós Parnell. Hace poco perdonó la vida al infeliz de Reno Gorch, al que capturó sin desenfundar el revólver. Y lo hizo para proteger a las criaturas que el cuatrero tiene de una miserable apache. Los forajidos aún tiemblan al oír el hombre de Parnell, pero el bueno de Luck es incapaz de dar un pescozón a un niño travieso, Dios le proteja... Roseanna ha conseguido al mejor de los maridos...

... y los ancianos te invitarán a rondas en los bares. Hiciste muy bien, Luck. Ese será su saludo, cuando entres a echar un trago. Le pudiste tumbar a Reno, pero, ¿qué daño hace ahora, a la sombra? Un hombre verdadero debe respetar a un viejo enfermo, Luck, aunque este sea un sucio abigeo. Vamos, sírvele otra a Luck. Estaríamos más seguros si siguieras en la limpieza de pistoleros, Luck Parnell. Pero estás en tu derecho. Todo hombre honrado merece retirarse a tiempo en paz. Tú ya hiciste lo tuyo.

—Esos ojos —previno la voz de Cool McAllister—. Esos ojos que se acercan en las tinieblas...

Los caballos relincharon. Luck salió de sus pensamientos y giró los talones. Más de una docena de ojos llameantes y dispersos echaban chispazos, cortando distancias en la oscuridad. Luck pensó que veía

alucinaciones. Pero los gritos de advertencia del indefenso detenido no podían sonar más auténticos.

El coyote grande se acercaba en formidable carrera, pero Parnell actuó antes de que llegara a alcanzar la grupa de la debilitada Nubecita. Sacó el revólver y apretó el gatillo una, dos veces. El animal se revolcó en el aire, desplomándose hacia atrás, pero el arma corta ya estaba descargada. Al oír los desesperados alaridos de Cool, Luck se abalanzó sobre la culata del rifle, en la silla de Getulio, al tiempo que otro coyote se lanzaba al flanco contrario. Loco de pánico, el alazán coceaba y se alzaba de manos, mientras el coyote colgaba de la cabeza de McAllister, dispuesto a no soltar los colmillos de la presa.

Ciego de furia, Parnell descargó su winchester a dos pasos sobre el cuerpo del coyote. Este abrió el hocico y saltó hacia el otro lado, deshecho. Aquellas dos fieras ya no se removían, pero siete coyotes más cayeron en círculo sobre hombres y animales. Surgían de la oscuridad, brincando como monstruos de pesadilla. Ahora se oía reír histéricamente a la cabeza de Cool. Nubecita se debatía entre tres rabiosos atacantes, apartándolos a coces. Luck disparaba su rifle en todas direcciones, a aquella enloquecida jauría del averno. Una bala perdida hirió una pata de la yegua, que cayó de costado. Su amo lo advirtió y, aún sintiendo ya las mordeduras de aquellas fauces furiosas en sus carnes, dedicó un segundo y una bala preciosos para apuntar certeramente a la cabeza de Nubecita, sobreponiéndose a los embates de las fieras. Le hubiera dado horror no poder terminar con los sufrimientos de su yegua. Esta quedó inmóvil cuando a Luck se le escapó un grito agudo al sentir que un coyote le despedazaba el codo izquierdo. Le pareció entonces que las descompuestas carcajadas de Cool McAllister se mofaban de su terrible situación. De un culatazo entre los ojos, hizo desprenderse las afiladas sierras de las quijadas del coyote. En remolino, los coyotes deshacían las piernas de Luck a dentelladas cuando alcanzó a ver al alazán rompiendo el cerco

con un galope desenfrenado. Luck sentía que cien colmillos le desgarraban, le destrozaban irremediablemente el cuerpo, y oía alejarse al galope las burlonas carcajadas de Cool. De todos modos, aquellos coyotes alcanzarían a Getulio en su huida febril. Luck cayó al suelo. Los monstruos le estaban devorando. Oía el eco de las risas de su enemigo. Pese a los tirones de las fieras, Luck, tendido sobre la arena, sostuvo el rifle y apuntó. Desde luego, Luck Parnell fue un excelente tirador. El alazán hundió la testuz entre las patas delanteras y cayó. La cabeza del pistolero no cesaba de reír, pero a Luck aquellas carcajadas lejanas ya no le parecían burlonas. Y pensó que hubiera sido peor para Getulio sufrir la suerte que él mismo, ya con la garganta abierta, había estado sufriendo aquel interminable minuto.

Luck llegó a imaginar que allá en lo alto unos buitres se reían de las risas de aquel desgraciado.




La mano verde
©VB



La mano verde

Alfonso Alvarez Villar

El horror de la guerra se mezclaba en el recuerdo con otro suceso misterioso y terrorífico... Un suceso increíblemente real como lo atestiguaban la cicatriz que cruzaba su mejilla y el ruido de los arañazos con que «aquello» se hacía presente por las noches.



ODA guerra es terrible —sentenció el joven profesor Diéguez.

Y su apotegma hizo (como por un conjuro diabólico) que las chispas del hogar saltaran con más fuerzas.

Fuera, silbaba el viento, el viento otoñal que hacía girar las primeras hojas doradas. Sectores enteros del bosque cercano se teñían de rojo.

—Pero la guerra entre hermanos es aún más terrible.

Antonio Echevarría echó una mirada azul a las brasas, y, luego, agitó los cubitos de hielo de su vaso de whisky que espejaba los infiernos del hogar.

Luisa, la esposa de Diéguez, lanzó un puñado de astillas a la chimenea y las fue revolviendo una por una con el atizador hasta convertirlas en líquidas varillas de fuego.

La esposa de Echevarría, Carmen, se abrió aún más de piernas sobre la alfombra de nudos, que representaba una eterna primavera, y el horno rojo dibujó venas cobrizas en sus muslos.

Se oyó un rasgueo como de unas uñas en el intento de abrir una puerta.

—¿Es vuestro gato? —preguntó Luisa.

—No, no tenemos gato.

Antonio Echevarría palideció. Se veían los cubitos de hielo temblar en el vaso, con una musiquilla infernal.

Se levantó y cogió una negra Parabellum que yacía en una gaveta. Montó el arma. Luego salió a la noche ululante, dejando colarse en el salón una cabellera de hojas muertas.

—Hoy es sábado —musitó para sí Carmen.

Se oyó un disparo y un alarido que parecía mitad humano, mitad animal.

Antonio volvió a entrar sacudiéndose de encima una película de polvo blanquecino. Parecía ahora más tranquilo.

—¿Un lobo, una zorra? —volvió a inquirir Luisa.

—Peor que eso. Pero no os preocupéis. Ya no nos molestará.

—¡Cuéntanos alguna de tus aventuras de la Guerra! —solicitó la anfitriona, volviendo a cargar los vasos con ópalos de whisky. Y miró largamente a Luisa como queriendo protegerla.

Luisa era una mujer menuda. Su blusa entreabierta, apenas dejaba elevarse dos suaves colinas rematadas en dos pequeños obeliscos marrones. Su cabellera rubia lucía como un espectro Kirlian cuando los rayos rojos del hogar la atravesaban. Se inclinó hacia Echevarría y pareció que su cintura se quebraba.

—Sí, yo pasé muy malos ratos durante la Guerra Civil. Pero lo que me ocurrió cerca de Cáceres es algo que vais a considerar como una calentura de mi imaginación...

—Yo soy (o intento ser) científico, pero siempre estoy abierto a lo sobrenatural. Y más en una noche como ésta —le atajó Carlos Diéguez.

—Hace hoy, precisamente cuarenta y cuatro años que le ocurrió a mi marido eso que os va a contar.

Carmen se había tornado seria. Sus largas pestañas postizas parecieron durante unos instantes un bosque de lanzas macedónicas. Su voz de *mezzosoprano* sintonizaba ahora con el jadeo de las llamas.

Una chispa más roja salió de una astilla voluminosa y se perdió en línea recta por la chimenea. Antonio Echevarría montó en ella y la siguió por montes y valles. Carraspeó durante unos segundos, tomó un trago, e inició su relato.

—Cuando nos retirábamos de las fuerzas nacionales en Extremadura, se derretían los últimos calores estivales. Las noches comenzaban a ser demasiado largas y ya no se escuchaba el pitido de la cigarra. Marchábamos en columnas de a cuatro por un camino vecinal cercano a Guadalupe.

«De repente oímos el rugido de los motores de una escuadrilla de aviación. Miramos hacia el cielo azul y vimos «Las tres Marías» de siempre, los tres *Junkers* de los nacionales.

»Debieron pensar que constituíamos un grueso cuerpo del ejército porque se lanzaron a atacarnos. Todos nos dispersamos por las laderas, y algunos ingenuos intentaron instalar una ametralladora sobre las ramas bajas de un roble.

»Cayeron las primeras bombas. Vosotros creéis, por lo que se suele presentar en las películas, que una bomba sólo es un penacho de humo que mata a los que están alrededor. Os equivocáis: una bomba es un puñetazo sobre una piel de tambor. Los hombres que han tenido la mala suerte de hallarse cerca de la explosión quedan destrozados, pero aún a varias decenas de metros notas que la tierra tiembla y tú eres entonces una hormiga que bota al ritmo del suelo. Lo cierto es que entonces yo me vi «levitado» a varios centímetros para luego caer pesadamente. Así, una y otra vez, hasta que no pude más y salí corriendo por el camino vecinal que había quedado vacío.

»Antes de poner los pies en el blanco polvo mordido por el sol, vi a los de la ametralladora espachurrados sobre el árbol como despojos de una carnicería. El tronco y parte de las ramas comenzaban a arder. Todo estaba impregnado de un olor a botica que te daba ganas de toser y de vomitar.

»Esperé unos instantes oculto tras una roca. Los

Junkers se habían ido. Pero, también, mis compañeros. Vi a uno de ellos arrástrándose con una sola pierna por el camino y caer yerto al cabo de unos pocos metros. Un caballo piafó y trotó de estampida, sin que me fuera posible detenerlo.

»Me había quedado sólo. Disparé, en efecto, un tiro al aire y sólo me contestó, indignada, una abubilla.

»Tomé un trago de mi cantimplora que había cargado de coñac, me puse el fusil en banderola y seguí el camino.

»Caía la tarde. Las cornejas comenzaban a planear sobre la colina. Los farallones de roca amenazaban con derrumbarse. Los robles, los cerezos y las encinas alargaban como espadas sus sombras queriéndome amedrentar. Una tardía pareja de mariposas brotó delante de mí, sobre el camino, como advirtiéndome que no avanzase un paso más. Pero desde atrás me llegaba una confusa algabaría de pájaros carroñeros que se estaban cebando en aquellas horas, con los restos de lo que había sido la Quinta Compañía.

»El camino se bifurcaba y yo no tenía la menor idea de hacia donde se hallaba nuestro derrotado ejército. Opté, por eso, por el de la derecha, que se perdía en un bosque de hayas. Por lo menos, les sería más difícil a los nacionales el encontrarme, caso de que sus avanzadas hubieran llegado hasta allí.

»El bosque respiraba como un inmenso animal herido. Los árboles se alzaban como muslos de un ciempiés vegetal. Sentía que aquellos árboles me odiaban. Pero no sabía por qué.

»Debajo de las tupidas ramas se había hecho la noche. Sólo brillaban los ojos de las ardillas y de un zorro asustado que atravesó el camino barriendo el polvo con su hopo.

»La senda subía, revolviéndose en espiral sobre sí misma como un sacacorchos. Y yo empezaba a jadear.

»Sentí el inconfundible sonido de una fuente. Sí, a pocos pasos corría un manantial. De un caño salía un

chorro de agua helada. Me ardían las mejillas. Por eso, lo primero que hice fue refrescarme. El chorro cortaba como la cuchilla de una navaja barbera. Parecía brotar del mismo Polo Norte.

»Me incliné sobre el macuto y me puse a dormir, con el fusil recortado sobre mi pecho.

»Muy lejos sonaba, como una tormenta que se extingue, el duelo de la artillería. Leves chispazos violáceos o ambarinos saltaban sobre el escaso horizonte que se divisaba desde allí.

»Pero no pude cerrar los ojos. Estaba tenso como las cuerdas de un violín. Tenía presente, sobre todo, la imagen de mi compañero, con la pierna amputada y desangrándose sobre el camino, la de los intestinos, teñidos de bilis, de los servidores de la ametralladora, y me dolían todos los huesos.

»Oí como una pluma que se arrastraba por el polvo. Eran los pasos de una mujer calzada, quizá, con sandalias o alpargatas.

»"Una campesina" —pensé yo— y me puse en guardia. El cerrojo de mi Mauser rasgó el aire nocturno.

»Una sombra, aún más oscura que la del bosque, se detuvo ante mí.

»—¿Cansado? —brotó como un susurro de una garganta femenina.

»—Sí —me limité a contestar y dirigí subrepticiamente el cañón del fusil hacia el bulto.

»—Venga entonces conmigo. Tenemos una casa ahí arriba.

»Me levanté y seguí a la sombra, con el Mauser dispuesto a lanzar los cuatro proyectiles restantes del cargador.

»A unos cien metros de allí, el camino daba un viraje de ciento ochenta grados y en el recodo se encendió una luz. Era una casa campesina o tal vez un refugio para cazadores. Dos de las ventanas de la planta baja parecían los ojos iracundos de un demonio. Y supuse que se trataba de las llamas de un hogar que calentaba e iluminaba el comedor de la casa.

Arriba, las tejas de las pizarras reflejaban las luces de las estrellas.

»La proximidad de una vivienda humana me hizo sentir más seguro. Además, ahora la sombra se había convertido en una espléndida mujer de unos cuarenta años de edad, morena y vestida de negro, que me sonreía.

»Entramos en la casa. Los goznes de las puertas chirriaron aunque parecían nuevos.

»El comedor era una estancia pequeña. El fuego de la chimenea destacaba el taraceado de la mesa y de las alcándaras. Las vigas se mostraban negras entre el blanco enjalbegado del techo y de las paredes. Una puertecilla se abría al fondo y desde el mismo comedor-sala de estar despegaba una escalera empinada y con pasamanos de madera de roble que conducía a las habitaciones del piso superior.

»—¿Vive usted sola? —pregunté.

»—Sí, desde que fueron asesinados por los rojos, mi marido, mis hijos y mis dos hermanos.

»—Entonces, no comprendo por qué ha brindado usted su hospitalidad a un sargento rojo.

»—Los nacionales asesinaron a otros familiares míos. Para mí, ya todos los seres humanos son iguales.

»Se hizo un silencio ominoso. Mi anfitriona estaba ahora plenamente iluminada por la reverberación anaranjada del hogar.

»Era, como ya os dije antes, una real hembra. Vi cómo sus ojos verdes, teñidos por vetas amarillas, miraban con desconfianza el fusil. Pero debajo de la pañoleta, caía un río de oro, y bajo el vestido, humilde y negro como el de cualquier campesina, se adivinaban unas curvas y unas mamas divinas.

»Me sonrió y vi que le faltaban dos dientes de la hilada superior. No pude contener un escalofrío, pero recité para mí mismo:

»—"¿Quelle âme est sans défaut?" —y pedí a Dios que no volviera a sonreirme.

»—Voy a traerle la cena —cortó de repente—. Y

desapareció por la puertecilla que daba, sin duda alguna, paso a la cocina.

»Una fuerte modorra se iba apoderando de mí. El vino espeso que la hospitalaria viuda me había servido junto a unos tacos de chorizo y jamón, pesaba como el plomo. Y yo dejé de rumiar estrofas enteras de las serranillas del Arcipreste de Hita y del Marqués de Santillana.

»Isabel (así se llamaba la viuda) volvió a aparecer con una perola humeante. Contenía una espesa sopa de coles.

»Hablamos de las faenas del campo. Luego pasamos a temas más sombríos. El marido de Isabel, dos niños varones de once y nueve años de edad y dos hermanos habían muerto apaleados por los esbirros de la Casa del Pueblo, hacía todavía un mes. Ella vivía desde entonces en aquel albergue montañoso, perdido en el bosque. Cuando cayeran las primeras nieves tendría que huir hacia Cáceres o hacia Salamanca en donde tenía parientes.

»Sonó un viejo reloj de cuco dando las doce. Isabel me trajo una pierna de cordero y una bandeja de cerezas ya algo mustias. Comí con voracidad y trasegué una jarra de aquel vino craso como la sangre que se colaba hasta en el tuétano.

»Se oyeron unos golpes en la puerta. Al principio pensé que era la mano del viento la que intentaba forzar las jambas. Pero no, era una mano humana. Isabel parecía aterrada.

»Cogí el Mauser y descorrí rápidamente la barra de la puerta. Un rostro blanco como la harina se perfiló a pocos centímetros del suelo. Unos muñones sanguinolentos, se alzaban amenazadores contra mí. Y yo pude reconocer, con un escalofrío, que se trataba de mi compañero muerto sobre el camino, el mismo que se había arrastrado con una sola pierna durante unos metros hasta quedar sin una sola gota de sangre.

»—¡No dejes que entre aquí! —me suplicó Isabel, histérica.

»Apunté con el fusil entre los ojos vidriosos de

aquella máscara y apreté el gatillo. La cabeza explotó en una nube de polvo de talco. Miré hacia fuera de la puerta por si quedaba algún rastro de aquel engendro, pero sólo pude percibir un reguero de sangre, y las huellas de un cuerpo que se había arrastrado hasta allí.

»Isabel se estrechó contra mí, temblando al ritmo de aquellas baterías que seguían disparando en lontananza.

»La besé en la boca. Un olor dulzón como el del arrope brotaba de ella, infiltrándose por el hueco de los dos incisivos superiores desaparecidos. Ella respondió a mi llamarada lujuriosa. Después se separó de mí y, tomando una palmatoria, encendió la vela en el hogar y me hizo señas de que la acompañara hasta arriba.

»La madera de pino apenas se estremeció con las pisadas de ella; sí, en cambio, con las mías.

»La luz de la vela recortó en la oscuridad una cama de matrimonio de altísimo dosel, una chimenea apagada, un espejo empañado, y un robusto armario de estilo castellano que olía a naftalina.

»Isabel empezó a desnudarse. Llevaba una saya de color blanco debajo del vestido negro. Luego, una combinación rosa con encajes. Me pidió que me desnudara también. Dejé el fusil apoyado en la mesilla de noche más próxima, y guardé en un cajón dos bombas de mano y la bayoneta. El resto de los arreos quedaron colgando sobre una silla de cáñamo.

»Luego, Isabel apagó la vela y fue una lástima porque a mí me hubiera gustado verla desnuda. Pero seguía sintiendo el «fru-frú» de su ropa interior que se deslizaba sobre su cutis sedoso.

»Me metí en la cama. De la otra habitación llegaban voces de niños, y conversaciones de rudos paisanos, pero lo atribuí a mi innegable intoxicación etílica.

»Sentí la piel fría de Isabel contra mi cuerpo febril. Quise poseerla. Pero me fue imposible. Me fallaban los reflejos.

»—No, no, por favor, no lo intentes nunca. Estás, además, demasiado fatigado y nervioso. Dormiremos como dos hermanos.

»No sé si fue mi impotencia o la piedad de Isabel (ahora lo comprendo) lo que me salvó la vida aquella noche. Lo cierto es que caí profundamente dormido, como si alguien me hubiese lanzado al fondo de un pozo.

»*Est prope Cimmerios, lunga spelunca recessu,* dice el poeta latino al referirse a la caverna de los sueños. Pues bien, yo me precipité en esa caverna.

»Y tuve unos sueños muy raros. Soñé que aquella noche el dormitorio se iluminaba, de repente, como con una especie de luz zodiacal. Tres hombres desnudos con el cuerpo cubierto de moratones, de heridas purulentas y de manchas rojizas, me miraban con máscaras de odio. No eran sus cuencas vacías y llenas de tierra las que me podían expresar ese odio sino sus dientes descarnados que se apretaban rechinando. Vi también que sus puños, en los que asomaban al aire libre trozos de hueso, me señalaban furiosos.

»Una mujer se interponía entre ellos y yo. Pero tenía un perfil siniestro. Los cabellos de oro estaban cubiertos de tierra y de lombrices apelmazadas por piltrafas de sangre y de carne. Una gran hendidura se abría en su occipucio, de donde manaba un líquido rosado lechoso. Sólo veía la parte superior de aquella mujer, pero era fácilmente reconocible por la pañoleta y el vestido negro ahora desgarrados y sucios.

»El olor a podredumbre me hacía moquear.

»Por fin, los ruegos de Isabel lograron apaciguar a los tres hombres, que desaparecieron. Todo volvió a quedar oscuro.

»Abrí los ojos y pude ver los primeros gallos de la Aurora. A mi derecha yacían los restos calcinados de una vivienda que no me fue difícil identificar por las tejas de pizarra y las dos ventanas, mimbadas de negro y sin cristales, que, la noche anterior, aparecieron vivas y alegres con el fuego de un hogar.

»Sentí, al mismo tiempo sobre mis costillas el

mordisco de los terrones. ¡Estaba tumbado a la intemperie! Pero sentí la reconfortante cuchillada del cañón frío de mi fusil.

»Felizmente, además, la misma mano piadosa de aquella pesadilla me había vestido con el uniforme, las botas y el resto de mis pertrechos.

»Antes de levantarme miré, desde la superficie de la tierra, a mi alrededor. Y tuve un estremecimiento: la mano exangüe de Isabel pero con las uñas horrorosamente crecidas, me seguía acariciando la mejilla. Todavía conservo aquí la cicatriz de la carne gangrenada con la que tuvo contacto uno de los dedos del cadáver. Excuso deciros qué me hubiese ocurrido si llego a realizar aquella noche el acto carnal con aquel fantasma.

»Pegué un salto y me puse de pie. En aquellos instantes no me detuve a considerar mi ingratitud hacia aquel cuerpo corrupto que yacía enterrado debajo de mí. No sentí compasión por aquella mano que buscaba un rostro vivo y la caricia del sol.

»La cerca me obligaba a escapar por encima de un montículo en dirección a la puerta del jardín. Pero advertí que los terrones empezaban a desmoronarse, que de entre ellos surgían unas manos desencarnadas y restos humanos en putrefacción. Se alzaba un vapor pestífero entre los árboles.

»Procedí, a partir de ese momento, como un autómata. Tire de las anillas de las bombas de mano y las lancé contra el montículo aunque estaba expuesto a que la onda expansiva se convirtiera en camarada de aquellos engendros iracundos.

»Sendas explosiones convirtieron la tierra en un cráter de fuego y de humo. Fui lanzado contra un tronco de árbol, pero no caí. Con la tierra aún caliente bajo mis botas, pasé por encima del túmulo. Una mano sobrecogedora intentó agarrarme pero yo me zafé con facilidad.

»Corría ahora, cuesta abajo, por una pendiente que terminaba en una ancha llanura.

»Pasé al lado de una valla, ya sin correr. Me sabían

a hierro los pulmones. El fusil me había hecho una muesca sanguinolenta en la palma de la mano.

»Sonó una explosión. Un trozo de muro se desplomó tras de mí. Reían los ladrillos como si fueran de cristal. Reanudé la carrera.

»Otra sección de muro se desplomó tras de mí. Retumbaban a lo lejos unas carcajadas.

»Luego, me enteré que un grupo de nacionales estaba haciendo prácticas de mortero y me habían tomado como diana.

»Una tercera granada me derribó. Había caído en una trinchera. Me arrastré como una lagartija, hasta ocultarme en una casamata.

»Allí, me encontraron los de la Séptima Compañía, aquella misma tarde. Durante casi doce horas no había dejado de murmurar:

»—"¡Quitadme esa mano verde!"».

Los dos matrimonios se estremecieron. Una astilla más gruesa crepitó. El fuego del hogar parecía ahora hinchar su tórax como si fuese el dios de la guerra.

Se oyeron unos leves golpes en la ventana. Luego, unos arañazos. Era como un grueso pájaro herido que intentase quebrar el vidrio.


—Todos los sábados, a estas horas, quiere entrar. Son sólo unos segundos. No hagais caso...

Pero Luisa se había desvanecido y el profesor Diéguez gritó, sin poder contenerse, como nunca había gritado en su vida, víctima de un sentimiento de pánico.

—Es la mano verde. Nosotros ya estamos habituados a ella —comentó Carmen—.



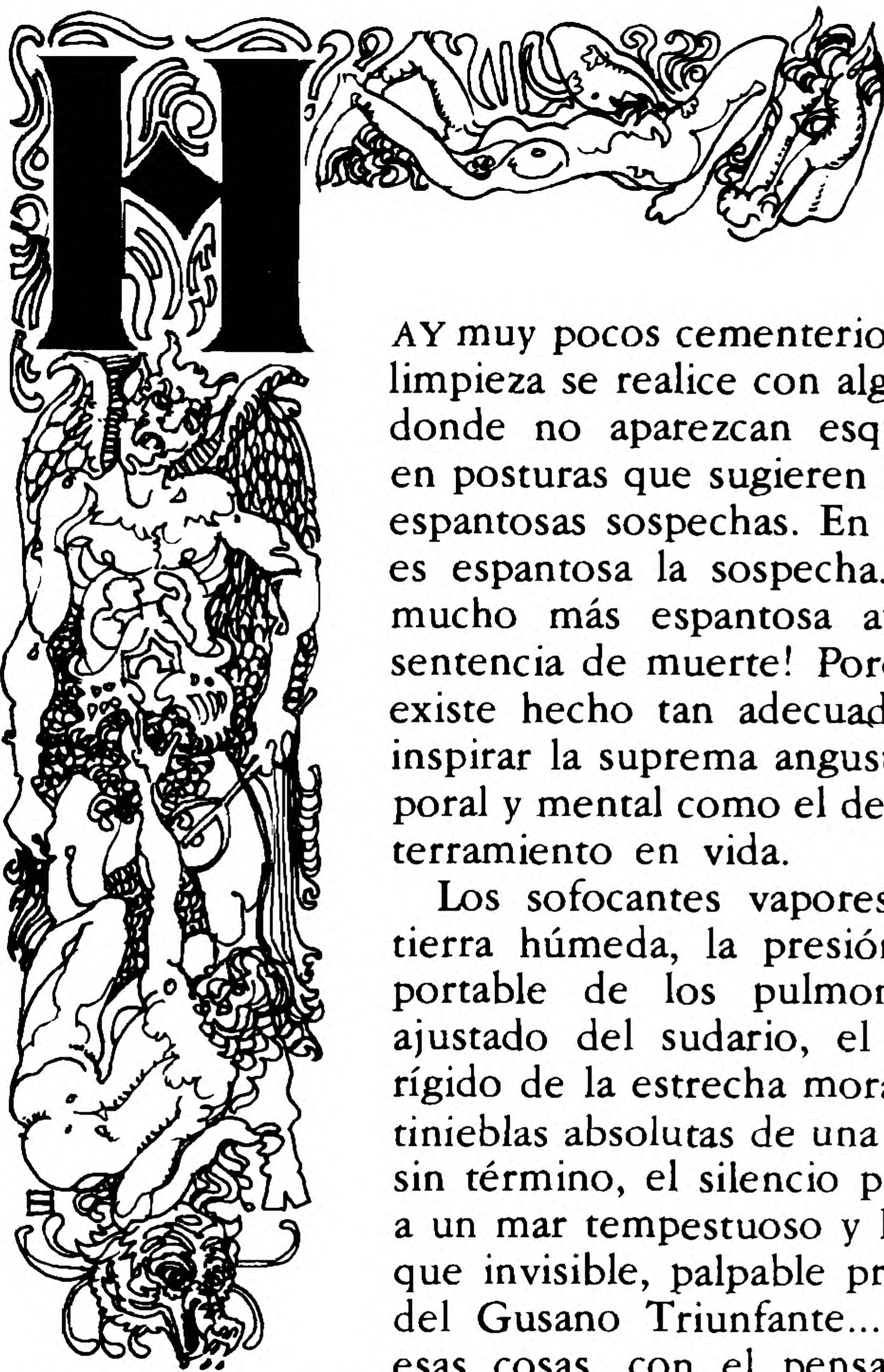
El enterramiento prematuro



El enterramiento prematuro

Edgar Allan Poe

Le invitamos a introducirse —de la mano de un maestro excepcional de la literatura de terror— en la angustia, el pánico y la impotencia que experimentan aquellos desgraciados que vuelven a la vida después de haber sido confinados en un ataúd y enterrados bajo una losa.



HAY muy pocos cementerios, cuya limpieza se realice con algún fin, donde no aparezcan esqueletos en posturas que sugieren las más espantosas sospechas. En verdad es espantosa la sospecha. ¡Pero mucho más espantosa aún esa sentencia de muerte! Porque no existe hecho tan adecuado para inspirar la suprema angustia corporal y mental como el de un enterramiento en vida.

Los sofocantes vapores de la tierra húmeda, la presión insoportable de los pulmones, lo ajustado del sudario, el abrazo rígido de la estrecha morada, las tinieblas absolutas de una Noche sin término, el silencio parecido a un mar tempestuoso y la, aunque invisible, palpable presencia del Gusano Triunfante... Todas esas cosas, con el pensamiento del aire y de la hierba de encima, el recuerdo de los amigos queridos, que se apresurarían a rescatarnos si supieran cuál era nuestro espantoso estado; la conciencia, además, de que nuestro horrible fin no llegarán a saberlo nunca... A un corazón que todavía late, todas estas circunstancias aportan un horror tan insufrible y espantoso, que la más audaz de las imaginaciones ha de retroceder ante él. Nos es imposible co-

nocer nada tan angustioso sobre la Tierra, como tampoco podemos soñar nada que sea la mitad de horrendo en las más profundas regiones del Infierno.

Existen ejemplos históricos de ese terror supremo suficientemente comprobados, que llenarían páginas y páginas de escalofriante lectura. Habré de referirme a varios de ellos, el más reciente de los cuales todavía estará fresco en la memoria de algunos de mis lectores. Ocurrió en la cercana ciudad de Baltimore, donde ocasionó una intensa y penosa agitación. La esposa de un abogado eminente y miembro del Congreso fue atacada por una repentina enfermedad, cuya naturaleza desconcertó completamente a la ciencia médica. Tras una agonía muy dolorosa se dio por hecho que había fallecido. Su cuerpo mostraba todas las evidencias habituales de la muerte, ya que los contornos de la cara estaban hundidos y contraídos, los labios pálidos como el mármol, los ojos carentes de brillo por completo, el pulso paralizado y el cuerpo frío. Pese a lo cual, dejaron el cuerpo sin enterrar durante tres días, adquiriendo éste al cabo la clásica rigidez pétrea, de tal forma que se apresuró entonces el funeral ante lo que se suponía eran los primeros síntomas de la descomposición.

Se depositó el cuerpo en el panteón de familia, que nadie visitó durante tres años consecutivos. Luego fue abierto para acoger un sarcófago. Al marido, que llegó en persona a abrir la puerta, le esperaba la impresión más espantosa de su vida. Tiró de la hoja y «algo» vestido de blanco cayó en sus brazos. Era el esqueleto de su mujer, envuelta en un sudario intacto.

Se realizó una investigación minuciosa, cuya conclusión fue que la mujer había vuelto a la vida en los dos días siguientes al del enterramiento. En su lucha dentro del ataúd había caído con éste sobre el suelo, rompiéndose. Esto le permitió escapar. En el sepulcro habían dejado por casualidad una lámpara llena de aceite, que apareció vacía. Una teoría piadosa aseguraba que tal vez pudo haberse agotado por evaporación. Sobre el escalón más alto de los que bajaban a

la cámara mortuoria había una ancha madera del ataúd con la que, al parecer, se había esforzado por atraer la atención golpeando sobre la pesada puerta de hierro. Tal vez murió mientras estaba ocupada en eso, invadida por el terror, y cuando iba a desplomarse el sudario se enganchó en algún saliente férreo del interior. Por eso se descompuso de pie.

La realidad es infinitamente más extraña que la ficción, y aquí está para corroborarlo el caso de una inhumación ocurrida en Francia en 1810, cuyas fascinantes circunstancias parecen mucho más propias de una novela. La señorita Victoire Lafourcade, joven de ilustre familia, era dueña de una gran fortuna personal y de una belleza más que considerable. Uno de sus más asiduos admiradores era Julien Bossuet, periodista de gran talento pero de escasos medios de fortuna. Este le declaró su amor, pero el orgullo de cuna de Victoire la movió a rechazarle y a contraer matrimonio con el señor Renelle, banquero y diplomático. Pero este caballero, una vez casados, la fue apartando de sí y llegó tal vez a maltratarla. Al cabo de unos años de difícil y dolorosa convivencia murió ella, o su estado llegó a ser tan parecido al de la muerte que fue inhumada. No utilizaron para ello una cripta, sino una tumba ordinaria, en el cementerio de su ciudad natal. Julien Bossuet, a quien no abandonaba el recuerdo de su profundo sentimiento hacia la señorita Lafourcade, abandonó la capital y se encaminó hacia la provincia donde se encontraba aquel pueblo, con el desesperado y romántico propósito de desenterrar el cadáver para adueñarse de sus trenzas. Llegó al cementerio por la noche y desenterró el ataúd. Lo abrió, y cuando iba a despojarla del cabello vio que los ojos de su amada se abrían... La joven, en efecto, había sido enterrada viva. Las apasionadas caricias de Bossuet lograron sacarla del letargo que todos habían confundido con la muerte. La llevó a su morada del pueblo, y allí empleó ciertos poderosos revulsivos con los que logró revivirla del todo. Victoire reconoció a su salvador y permaneció

a su lado hasta que logró recuperar totalmente la salud. Aquella suprema lección de amor ablandó su corazón femenino y, lejos de volver con su marido, ocultó el hecho de su resurrección y huyó a América con su amante. Volvieron ambos a Francia veinte años después, con el convencimiento de que después de tanto tiempo nadie la reconocería. Pero sí lo hizo el señor Renelle, quien reclamó judicialmente a su esposa. El tribunal decidió en su fallo que, habida cuenta de las extraordinarias circunstancias que rodeaban el caso, y el largo tiempo transcurrido, la autoridad del marido quedaba prescrita.

En uno de sus últimos números, el «Diario de Cirujía» de Leipzig recoge un impresionante suceso de características similares. Un oficial de Artillería, de gigantesca estatura y salud robusta, fue despedido de la silla por un caballo de poca doma, y sufrió una grave herida en la cabeza que le dejó insensible. No se temía un inmediato peligro, pese a que el cráneo estaba ligeramente fracturado. Se efectuó con éxito una trepanación y se emplearon diversos medios para reanimarle. Pero el embotamiento aumentaba, y llegó un momento en el que se le dio por muerto.

Lo enterraron precipitadamente, habida cuenta de que el tiempo era caluroso. Varios días después, un hombre declaró que cuando estaba sentado sobre la tumba del oficial percibió con claridad una conmoción en la tierra. Se trajeron aprisa unos azadones y fue abierta la tumba. Con todo el aspecto de la de un muerto, apareció la cabeza de su ocupante. Pero estaba casi en pie en la caja, cuya tapa había levantado en parte. Se llevó el cuerpo a un hospital, donde declararon que vivía aún, aunque en un estado de asfixia. Recobró la vida algunas horas después, y ya parecía en vías de completa curación cuando sucumbió víctima del charlatanismo de un experimento médico. Le fue aplicada la corriente de una batería eléctrica, y en el paroxismo del chispazo falleció de repente.

Narraré, ahora, mi propio caso.

He sufrido, durante años, ataques de ese trastorno

tan singular que los médicos denominan catalepsia. Las causas inmediatas, e incluso el diagnóstico de tal dolencia son misteriosos. Lo único que se ha podido estudiar a fondo son sus manifestaciones, tan variables en intensidad. En ocasiones, el paciente permanece durante un solo día, e incluso menos tiempo, en una especie de letargo exagerado. Aparentemente está inmóvil e insensible. Pero el latido del corazón, aunque débil, aún puede percibirse; quedan vestigios de calor y un leve rubor perdura en el centro de las mejillas. La aplicación de un espejo sobre los labios puede revelarnos el desigual y vacilante funcionamiento de los pulmones. Pero otras veces la duración del trance es de semanas, incluso de meses. Y durante ese tiempo, el más minucioso examen, la más rigurosa comprobación médica, se muestra incapaz de diferenciar este estado y el de la muerte.

Con mucha frecuencia, el enfermo se salva del enterramiento prematuro sólo porque sus allegados saben que antes ha sufrido ataques de catalepsia y porque se observa la ausencia de las señales de la descomposición. Las manifestaciones de los primeros ataques son equívocas. Las crisis se hacen más claras paulatinamente y duran cada vez más. En esto reside para el enfermo la principal seguridad de librarse de la inhumación. Pero el desgraciado cuyo primer ataque presentase un carácter extremo (cosa nada infrecuente) estaría condenado a ser enterrado vivo casi sin remedio.

En ningún aspecto importante se diferencia mi propio caso de los que se mencionan en los tratados de Medicina. A veces sin causa aparente alguna, me sumía lentamente en una situación de semisíncope y permanecía en ella sin dolor y sin poder moverme, incluso sin poder pensar, aunque con una letárgica y embotada conciencia de la vida y hasta de la presencia de cuantos rodeaban mi lecho. Luego se producía una crisis y recobraba toda mi sensibilidad de repente. Pero otras veces el mal me atacaba rápida e inpetuosamente. Sufría una especie de vértigo, me

sentía entumecido, frío, privado de conciencia, y acto seguido me desplomaba. Todo era vacío, entonces, durante semanas, todo era tiniebla y silencio, y el universo se convertía en la Nada. Me recobraba de forma gradual, en proporción con la intensidad del acceso. Como amanece para un mendigo sin amigos ni hogar, errante por las calles en la larga desolación de una noche invernal, con la misma lentitud y el mismo cansancio, pero también con el mismo júbilo, recobraba mi entumecido cuerpo la vida.

No había sufrimiento físico en cuanto experimentaba, sino una angustia moral infinita. Por la fuerza de mi enfermedad, mi imaginación tendía a lo fúnebre y hablaba de «epitafios, tumbas y gusanos». Me acuciaban sueños de muerte y se adueñaba sin cesar de mi espíritu la idea de un enterramiento prematuro. Sentía tan cercano el horrible peligro a que estaba expuesto que tal premonición me torturaba día y noche. La tortura de esa idea era excesiva durante el día, pero se volvía suprema durante la noche. Cuando la oscuridad horrenda se difundía sobre la tierra, mi ánimo se estremecía como tiemblan los negros penachos de plumas de un coche fúnebre. No sin lucha consentía yo en dormir cuando mi naturaleza no podía soportar más el estar despierta. Porque temblaba sospechando que, al despertarme, podía encontrarme ocupando una tumba. Y cuando al fin me hundía en el sueño, únicamente era para precipitarme en un mundo de fantasmas sobre el que extendía sus tenebrosas alas la angustiosa obsesión que me dominaba.

Innumerables imágenes macabras me oprimían en sueños. Escogeré una de ellas:

Tenía la impresión de estar sumido en un trance cataléptico de mucha mayor duración e intensidad que de ordinario. Una mano helada se posaba de pronto sobre mi frente, y una voz entrecortada, impaciente, musitaba en mi oído la palabra «¡Levántate!»

La oscuridad era total. Me incorporé, aunque no podía ver la figura de quien me había hecho levantar. Tampoco podía recordar el momento en que había

sufrido el ataque ni el lugar donde entonces me encontraba. Permanecía inmóvil, tratando de coordinar mis pensamientos, y entonces la mano helada me cogió con brutalidad por la muñeca, la sacudió con aspereza y, con voz entrecortada, volvió a decir:

—¡Levántate! ¿No te he dicho ya que te levantes?

—¿Y tú quién eres? —pregunté.

—Carezco de nombre en las regiones donde habito —replicó lúgubremente la voz—. Aunque fui mortal ahora soy un demonio. Fui inexorable, pero ahora soy compasivo. Debes de sentir que estoy temblando. Cuando hablo mis dientes castañetean, y no es por el frío de esta noche interminable. Pero el horror es insufrible. ¿Cómo puedes tú dormir tranquilamente? Me impide reposar el grito de estas angustias infinitas. Ya no puedo soportar esa visión. ¡Levántate! Ven conmigo fuera, a la Noche, y te descubriré las tumbas. ¿No es el más doloroso de los espectáculos? ¡Mira!

Miré, en efecto, y la invisible figura que me asía aún de la muñeca hacía que se abriesen las tumbas de toda la Humanidad; emanaba de cada una de ellas esa débil irradiación fosfórica de la descomposición; así pude escudriñar los más recónditos recovecos y pude ver los cuerpos enterrados, en su sombrío y solemne sueño con el gusano. Pero los verdaderos durmientes eran mucho menos, muchos millones menos, que aquellos otros que no dormían en absoluto; y parecía haber allí una lucha débil, una general y triste inquietud. Se percibía el lamentable estrujamiento de los sudarios desde el fondo de las fosas innumerables. Entre aquellos que, al parecer, reposaban tranquilamente, vi que un gran número de ellos habían cambiado la rígida e incómoda postura que tuvieron al ser enterrados. Mientras yo miraba la voz me dijo:

—¿No te parece una visión lamentable?

No pude yo encontrar palabras para responder. Antes de eso, la figura dejó de aferrar mi muñeca, se extinguió la luz fosforescente y, con violencia repentina, se cerraron las tumbas; mientras de ellas se ele-

vaba un tumulto de gritos desesperados. Y la sombra volvía a repetir:

—¡Gran Dios! ¿No es ésta una visión lamentable?

Todas las noches, durante el agitado sueño, me visitaban fantasías como esta; y extendían incluso a mis horas de vigilia su influencia terrorífica. Era víctima de un perpetuo horror y mis nervios llegaron a trastornarse hasta lo inimaginable. Me negaba a pasear, a montar a caballo o a realizar un ejercicio cualquiera fuera de los muros de mi casa. Realmente, no me sentía capaz de ir a parte alguna, lejos de la inmediata presencia de aquellos que conocían mi propensión cataléptica; pues temía caer en uno de mis accesos habituales y ser enterrado vivo. Llegué, incluso, a desconfiar de los cuidados y de la fidelidad de mis más queridos amigos. Temía que, durante un ataque de mayor duración que lo acostumbrado, llegasen a la conclusión de que estaba irremediablemente muerto.

El terror había llegado a producirme una alteración tan grave de la conciencia que mis temores eran continuos y nada razonables. Llegué a temer incluso que, como les ocasionase mucho trastorno a mis amigos, pudieran ellos alegrarse de considerar algún ataque prolongado como la disculpa y la ocasión de desembarazarse de mí para siempre. En vano trataron de tranquilizarme con las más solemnes promesas. Les exigí los más sagrados juramentos de que bajo ninguna circunstancia me enterrarían, hasta que la descomposición estuviera tan avanzada que no fuera posible hacer otra cosa. Y aun entonces, mis terrores mortales no atendieron a mi razón ni quisieron admitir consuelo alguno.

Ideé una serie de precauciones excesivas. Entre otras, hice reformar el panteón familiar para que pudiera ser abierto con suma facilidad desde dentro. La más leve presión sobre una larga palanca que se prolongaría hasta dentro de la tumba haría girar las puertas de hierro. También mandé hacer algunas reformas que permitiesen entrar libremente el aire y la luz y colocar unos recipientes adecuados para el alimento y

el agua muy cerca del féretro. Su interior estaba muellemente guateado y su tapa estaba confeccionada según el sistema de la cripta; habiéndole añadido unos resortes de tal modo dispuestos que el más débil movimiento del cuerpo bastase para recobrar la libertad. Hice colgar, además, una gran campana del techo del panteón, cuya cuerda pasaría por un orificio hecho en la caja y estaría atada a una de las manos del cadáver.

Pero de nada sirve la vigilancia del hombre contra su destino. Todas aquellas precauciones tan bien ideadas fueron insuficientes para salvar de la angustia suprema de un enterramiento en vida al desgraciado que, como yo, estaba predestinado a ella.

Un día llegó, como tantas otras veces había ocurrido, en que me encontré saliendo de la inconsciencia total con un primer sentimiento de mi existencia tan débil como indefinido. La luz avanzaba hacia mi mente con el parsimonioso paso de una tortuga. Un sentimiento apático de sordo dolor, un torpe malestar; pero ni inquietud, ni esfuerzo, ni esperanza tras de un largo intervalo. Después de un lapso aún mayor, un zumbido en los oídos. Y mucho después, una punzante sensación en las extremidades. Siguió lo que estimé como toda una eternidad de quietud plácida, de serenidad absoluta, durante la cual se despertaron los sentimientos, pujando por transformarse en ideas. Y tras una breve y nueva zambullida en la nada, el súbito despertar. Siguió un ligero temblor de los párpados, la conmoción eléctrica del terror, esa horrible, indefinida y espantosa fuerza que hace fluir a torrentes la sangre, del corazón a las sienes y de las sienes al corazón. Vino luego el primer esfuerzo positivo por pensar, coronado por un éxito parcial y desvanecedor. Pero la memoria recobra su dominio para que tenga yo conciencia de mi estado hasta cierto punto. Y experimento que no me despierto de un sueño ordinario. Recuerdo entonces que soy propenso a la catalepsia. Y al fin, como el oleaje de un océano embravecido, la espectral y predominante Idea se posesiona de mi mente.

Permanecí quieto, incapaz de acopiar el valor suficiente para moverme. No me atreví a hacer esfuerzo alguno porque no quería darme cuenta de mi suerte. Y aún así, había algo en mi corazón que me murmuraba que «era seguro». Una desesperación —como no existe en ninguna clase de infortunio ni ha podido recordarse nunca— me apremiaba, después de una larga vacilación, para que levantase las pesadas cortinas de mis ojos. Todo estaba oscuro. Supe entonces que había pasado la crisis desde hacía largo tiempo. Y descubrí que había recobrado ahora por completo mis facultades visuales, no obstante estar todo oscuro. Porque comprendí que estaba sumergido en esa Noche intensa y totalmente desprovista del más mínimo asomo de luz que durará aternamente.

Mis labios y mi lengua, resecos, se agitaban convulsivamente en la tentativa de gritar. Ninguna voz pudo surgir de mis pulmones cavernosos, que jadeaban y palpitaban como oprimidos por el aplastante peso de una montaña, peso que se dejaba sentir con idéntica fuerza en mi agitado corazón.

Al mover las mandíbulas, en el inútil esfuerzo por gritar con fuerza, me di cuenta de que las tenía atadas, como se suele hacer con los cadáveres. También sentí que estaba tendido sobre alguna materia dura y que mis costados estaban fuertemente comprimidos por algo similar. Aún no me había arriesgado a mover los miembros. Pero alcé con violencia los brazos, estirados a lo largo del cuerpo, con las muñecas cruzadas. Chocaron contra un obstáculo sólido, de madera, que se extendía a sólo unas seis pulgadas de mi rostro. Ya no me era posible dudar por más tiempo que me esperaba el curso de la eternidad en el interior de un ataúd.

A la angustia inenarrable de mi descubrimiento siguió, sin embargo, un débil rayo de esperanza. Porque me acordé de las precauciones que había adoptado. Así que me retorcí e hice espasmódicos esfuerzos por abrir la tapa. No se movió. Palpé entonces mis muñecas para tirar de la cuerda que haría sonar la

campana. No la encontré. Regresó a mi ánimo la desesperación con más crueldad que nunca, pues también advertí la falta del guateado que tan cuidadosamente preparé. Me llegó de repente el fuerte olor de la tierra húmeda y con él, la conclusión irresistible de que no estaba dentro de la cripta familiar. Por lo que deduje que debí haber caído en trance cataléptico fuera de mi casa, entre extraños (imposible recordar cuándo ni cómo), y estos me habían enterrado como a un perro, clavándome en un ataúd vulgar y metiéndome hondo, hondo, para siempre, en una tumba común.

Al irrumpir así, en la cámara más recóndita de mi alma, esta convicción espantosa, me abandoné a la desesperación y me puse a gritar. Y en este trance el destino se apiadó de mí y tuve éxito. Un salvaje, largo y continuo grito, o más bien un aullido de agonía, resonó a través de los reinos subterráneos de la Noche.

—¿Qué es esto? —dijo una voz áspera, respondiendo a mi grito.

—¿Qué demonios está pasando? —dijo una segunda voz.

—¡Sal de ahí! —dijo una tercera.

Y entonces fui agarrado y sacudido sin consideración alguna durante varios minutos por una caterva de individuos de aspecto harto vulgar. No me despertaron de sueño alguno, pues bien despierto estaba cuando grité; pero me hicieron recobrar la posesión de mi memoria por completo.

Estos hechos ocurrieron en Virginia, cerca de Richmond. Durante una excursión de caza, y en compañía de un amigo, había caminado algunas millas por las orillas del río James. Fuimos sorprendidos por una tormenta al acercarse la noche. El camarote de una pequeña chalupa anclada en la corriente, y que estaba cargada de mantillo, nos proporcionó el único refugio posible. Pasamos la noche a bordo, acomodándonos de cualquier forma. Logré dormir en una de las dos únicas literas del barco, y no hace falta que describa las literas de una chalupa de sesenta o setenta tonela-

das (¿Hay algo más parecido a una tumba?). La que yo ocupaba carecía de ropa de cama. Su anchura no era mayor de dieciocho pulgadas. Y había exactamente la misma distancia entre su fondo y la cubierta encima de mi cabeza. Para comprimirme allí dentro tuve que hacer frente a las mayores dificultades. Pese a lo cual me dormí a pierna suelta y mi visión entera —pues aquello no era ni un sueño ni una pesadilla— surge con naturalidad de las circunstancias de mi postura, de la habitual predisposición de mi pensamiento, de la dificultad de concentrar mis sentidos y de la que resultó, sobre todo, de recobrar mi memoria largo rato después de despertar del sueño. Los hombres que me sacudieron formaban la tripulación de aquella chalupa, con algunos otros trabajadores que habían sido contratados para la descarga. El olor a tierra húmeda venía del propio cargamento. En cuanto al vendaje alrededor de mis mandíbulas, era un pañuelo de seda que me había atado alrededor de la cabeza, a falta de mi acostumbrado gorro de dormir. No había, pues, nada objetivamente extraordinario en las circunstancias de mi aventura.

Pero las torturas sufridas eran indudable y completamente iguales a las del auténtico enterramiento, salvo en su duración. Fueron inconcebiblemente espantosas, de un horror sin límites. Aunque bien se dice que Dios actúa por medio del Diablo, ya que el mismo exceso de mi horror provocó una saludable reacción en mi espíritu. No sólo se tonificó mi alma, sino que adquirió un temple y un vigor hasta entonces inusitados. Me marché fuera del país. Hice continuados ejercicios físicos. Respiré el aire libre y, sobre todo, mi mente se ocupó de temas bien alejados del de la Muerte.

Desde esa noche memorable deseché mis preocupaciones sepulcrales y, para mi sorpresa, desaparecieron con ellas mis trastornos catalépticos. De lo que deduje que aquellas preocupaciones habían sido más la causa que la consecuencia de mi enfermedad, ya felizmente superada.



Viaje al más allá

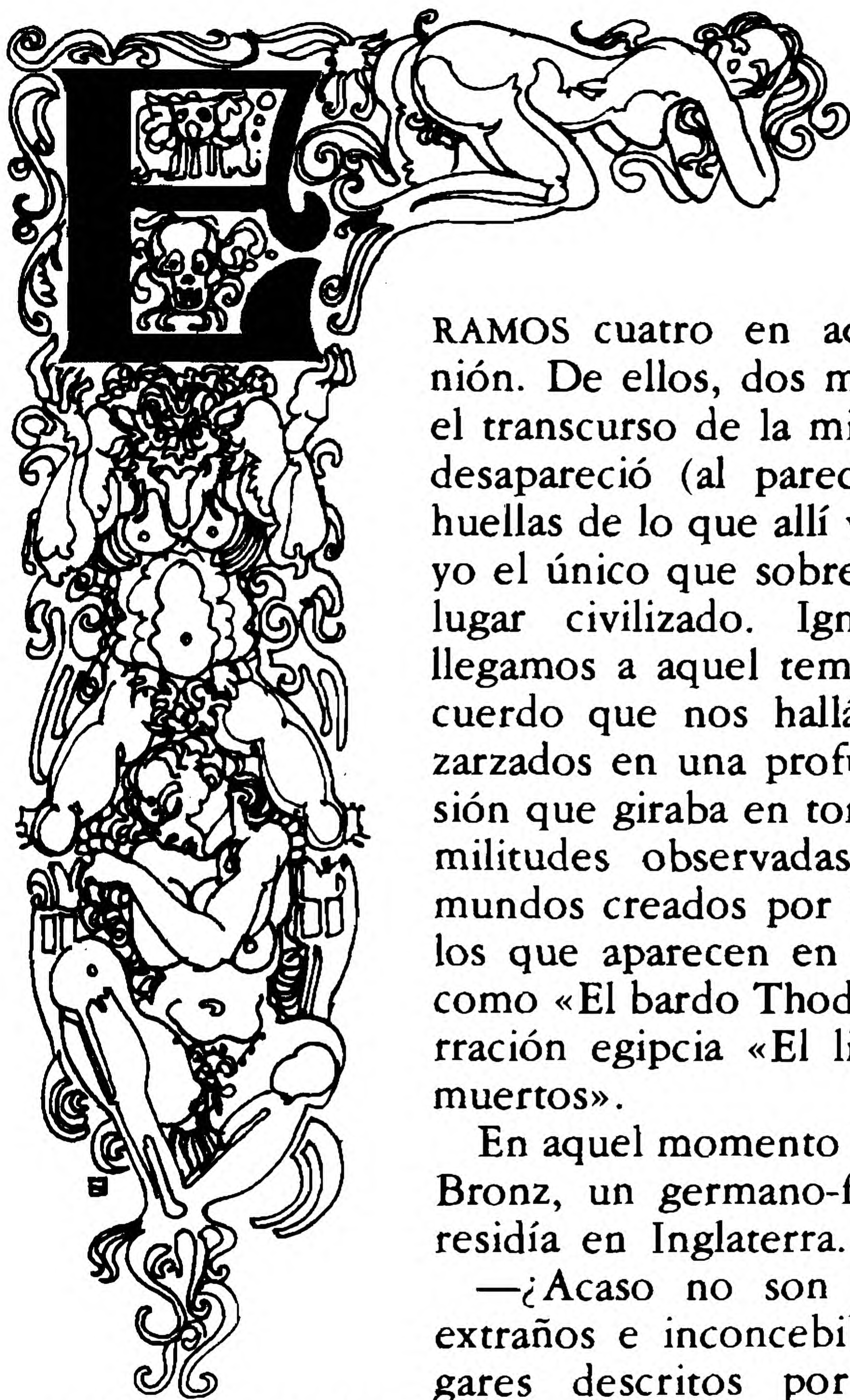




Viaje al más allá

Daniel Tubau

¿Son los dioses un invento de los hombres o son habitantes de otros mundos paralelos al nuestro?
Para encarar de una vez por todas esta interrogante, aquellos cuatro amigos emprendieron una insólita y terrible aventura: atravesar los límites del más allá.



RAMOS cuatro en aquella reunión. De ellos, dos murieron en el transcurso de la misma y otro desapareció (al parecer tras las huellas de lo que allí vio), siendo yo el único que sobrevive en un lugar civilizado. Ignoro como llegamos a aquel tema, pero recuerdo que nos hallábamos enzarzados en una profunda discusión que giraba en torno a las similitudes observadas entre los mundos creados por Lovecraft y los que aparecen en obras tales como «El bardo Thodol» y la narración egipcia «El libro de los muertos».

En aquel momento hablaba Joz Bronz, un germano-francés que residía en Inglaterra.

—¿Acaso no son igualmente extraños e inconcebibles los lugares descritos por el bardo egipcio al referirse al más allá y los sueños contenidos en «Viajes al otro mundo»?

—En efecto —confirmó Wardett—. Re-Stau en comparación con Yaddith...

—No olvideis —intervino Angelo, el italiano—, que «El libro de los muertos» era un medio del que se servían los sacerdotes egipcios para educar al pueblo en la resignación y el sometimiento inculcándoles

la creencia de que les esperaba una nueva vida que compensaría sus sufrimientos en la tierra y, por si fuera poco, al venderles el libro, los sacerdotes se apropiaban de las pocas monedas que ellos mismos les habían dado momentos antes en compensación por su trabajo.

—Lo que dices es cierto —dije yo—, pero no creo que constituya una razón para menospreciar el contenido de tan singular libro.

—No he dicho tal cosa —aclaró pacientemente—, si me lo permitís, expondré mi teoría más extensamente.

Esperó nuestro tácito consentimiento y comenzó a decir:

—Examinando la historia de la humanidad hasta nuestros días, podremos reparar en un hecho que se repite en todos los pueblos, en todas las culturas y en todas las épocas: la religión y la utilización de la misma para someter moral, social y económicamente al pueblo. El hombre necesita de dioses en los que confiar, dioses capaces de satisfacer sus esperanzas de felicidad, de esa felicidad que resulta tan difícil hallar en la tierra. El ser humano se entrega en mayor o menor medida a esos seres superiores y según evoluciona los moldea a su gusto, los hace bondadosos o terribles y crea con ello la dicotomía entre cielo e infierno. Observando la maldad que le rodea y la bondad que en ocasiones intuye, necesita personificarlas en entes superiores. Es sorprendente la facilidad con que los pueblos transforman los caracteres de sus deidades cuando algo trastoca el modelo original. Si a pesar de ser su dios bondadoso, la desgracia asola a una determinada cultura, esta se contenta atribuyéndolo a un debilitamiento de las potencias benéficas o explican puerilmente que esa es la voluntad de los dioses y que el hombre está condenado a sufrir en la tierra para poder obtener la recompensa del paraíso. De ahí a establecer unas líneas de conducta que siempre benefician al poder solo hay un paso. Más, la pregunta es: ¿los hombres crearon a los

dioses o en realidad se percataron de que existían otros mundos paralelos, superiores o incluso inferiores al de la tierra poblados por seres desconocidos? Si fuera así, y al no comprender en su auténtica dimensión tales mundos, el hombre los adaptó a su conveniencia y con el tiempo los desarrolló de tal modo que perdieron su verdadera identidad. Yo puedo asegurar que esta segunda teoría es la acertada y que los sacerdotes que difundieron el libro no alcanzaban a captar su significado, pues es de todos conocido que el texto procede (así como gran parte de los mitos egipcios) de la traducción de un arcaico volumen de origen hindú. Y es mi opinión que la raza que escribió tal libro, no pertenece a este mundo, sino que procede de las estrellas o de alguna dimensión paralela.

—Coincido plenamente con la primera parte de tu razonamiento, pero las últimas afirmaciones que has formulado entran dentro del campo de la fantasía, y yo me precio de mantener los pies sobre la tierra, aún cuando mi mente viaje por mundos que no existen— condenó Wardett.

—Aunque sus teorías son sumamente interesantes —prosiguió Bronz mirando a Angelo—; estoy de acuerdo con Wardett. Lo demás son fantasías y nosotros somos hombres de razón pese a nuestro interés por lo oculto.

—Sin embargo, lo que digo no es en esencia fantástico, pues ¿cómo explicar sino la semejanza entre los combates narrados en el Rig-Veda hindú y una batalla entre naves espaciales? En verdad, lo que digo no es más irreverente que el absurdo y trasnochado dios bueno y todopoderoso al que profesas culto.

—Pasaré por alto su última alusión y le diré que las descripciones del texto hindú me desconciertan sobremanera, pues ciertamente, su similitud con un combate aéreo es notable. Pero existe una explicación racional, y es que el hombre que escribió aquel libro era algo así como un Julio Verne de la antigüedad—, aseveró Bronz con su particular manía de tra-

tarnos de usted a pesar de que hacía ya años que nos conocía. Sin duda se debía a la férrea disciplina germana que su padre le inculcó.

—Siempre y cuando no tengamos en cuenta que Verne predijo todo aquello en una época relativamente avanzada —repuse yo—. Según la reconstrucción hecha por los eruditos, la India del Rig-Veda no era así —y añadí—: además lo imaginado por Verne empalidece frente a lo narrado por el bardo hindú. Lo que predijo el primero ya ha ocurrido o está en vísperas de ocurrir, no así las furiosas batallas espaciales descritas en el Rig-Veda. Confieso que me siento inclinado a compartir las ideas de Angelo. Su teoría explicaría de modo concluyente los extraños hechos y objetos que existen sobre la tierra y cuyo origen no ha podido ser explicado satisfactoriamente.

—Bien, las opiniones están igualadas y las espadas siguen en alto —rió Wardett con su fino humor inglés.

—Creo que ha llegado el momento de aportar pruebas convincentes. Naturalmente han de ser ustedes quienes las saquen a relucir —dijo Bronz a la vez que una leve sonrisa aparecía en sus labios ante el convencimiento de que aquello era imposible.

—Tengo las pruebas y os invito a conocerlas junto a mí.

La afirmación nos sorprendió a todos y dirigimos una inquisitiva y escéptica mirada a Angelo.

—Sí, vosotros mismos podreis comprobar con esos estupefactos ojos con que me atravesais la veracidad de mis afirmaciones. Otros lo hicieron antes.

—¿Hicieron el qué? —pregunté.

—Viajar a otros mundos y presenciar lo que el genio de Providence nos intenta describir con palabras.

—Pero... pero, ¿no puedo creer que des crédito a tales supercherías. ¿Hablas en serio?

—¿Por qué no?, nadie ha demostrado que lo que Lovecraft narra sea producto de su imaginación, al menos en general. Naturalmeesdo novelizar algunos de los pasajes de sus libros, pero no toda la obra.

—Cierto —asentí—. Los extraños y reales casos de Insmounth a los que sin duda se acerca más Lovecraft que cualquier escritor que por medio de la razón haya intentado hallar una respuesta; el viaje a las Montañas de la Locura (que el viejo George conocía mucho antes de que Lovecraft traspasara a novela el documento de uno de los componentes de la expedición) y que tan funestas consecuencias tendría al ser desoída su advertencia por la expedición rusa que viajara a aquellos lugares meses más tarde.

Al terminar mi intervención no pude menos que recordar a George. El fue el fundador de aquella asociación y sin su presencia todo era distinto, nos faltaban sus agudas opiniones y sus esclarecedoras explicaciones. Angelo, interrumpió mis pensamientos y, ante el silencio general, declaró:

—Hoy hace un año y once días exactos de la muerte de George. Ya sabéis de la afición del «viejo» por la simbología cabalística, así que no os resultará extraño que en su testamento me pidiese que os reuniera aquí al cabo del tiempo que hoy se cumple.

Siempre dije que yo era el depositario de todos sus bienes, pero no es así; él distribuyó entre todos nosotros sus pertenencias, pero me rogó que no os fueran entregadas hasta este momento.

Asimismo, dejó algunos libros que habrán de ir a la biblioteca de la Asociación mientras ésta exista. Entre ellos está el «Necronomicon», de Abdul Alhazred en su traducción castellana del mil seiscientos, que, aunque con muchas claves y párrafos suprimidos representa una fiel versión del texto griego traducido por Philetas. También podréis encontrar «La llave de Menian» y «Experiencias», de Armando das Salinas. Pero vayamos al grano. George me rogó a través de su testamento, que, pasada la fecha establecida, abriera ante todos vosotros este sobre —y extrajo un abultado sobre del bolsillo interior de su chaqueta. Al punto lo abrió y todos vieron que su contenido era una cinta magnetofónica y una carta que se apresuró a leer:

«Hoy viajaré a través de los mundos que se extienden más allá de nuestro espacio, nuestro tiempo y nuestras dimensiones; mis sensaciones las podréis conocer gracias a la cinta magnetofónica. No creo que yo pueda escucharla junto a vosotros. Ellos han percibido mi profanadora presencia. Vienen tras de mí y el único modo que tengo de vencerles es enfrentarlos. Conozco una invocación que confío les detenga, mas ha de ser recitada en un espacio abierto. Lo haré en el bosque de Greenwood, sé que aun con la invocación en mi poder cuento con muy pocas posibilidades de sobrevivir, yo he abierto la puerta y mi deber es cerrarla de nuevo, la humanidad entera depende de mí.

En la cinta encontraréis todas las sensaciones que experimenté en mi viaje al más allá, si algo no saliera bien, os facilito la clave para sobrepasar sus límites».

A continuación seguía la invocación acompañada de algunos consejos. Asombrados por la misiva póstuma de nuestro compañero, conectamos la cinta. Tras un largo silencio, escuchamos la invocación, un fuerte rugido parecido a un vendaval nos sobrecogió y la voz de George nos llegó claramente a través de la cinta:

«Viene hacia mí... me lleva con él. Aprieta fuertemente mi brazo y comienzo a sangrar... el signo arquetípico, he de usarlo... Retrocede, se aleja de mi, huyo... Viene de nuevo, me persigue... Una puerta se alza ante mí, no la veo pero sé que está delante mío... me lanzo hacia ella, él no la atravesará. Mi cuerpo... mi cuerpo... ¡Mi cabeza se descompone!, ¡se fragmenta!...

No existo ya, al menos como ente único. Era verdad... los caminos al más allá corren parejos a los de la muerte... Era verdad, soy yo y a la vez soy otros muchos... todos mis antecesores... todos mis predecesores... no existe el tiempo... Un velo, hay un velo ante mis ojos, no, no... ¡NO!».

Después, escuchamos extrañas frases en un lenguaje desconocido que sin duda procedían de la gar-

ganta de George y que sin embargo pertenecían a seres de otros mundos, segundos más tarde cesaron toda clase de sonidos, dejamos trascurrir la cinta y un momento después un bestial y horroroso alarido laceró nuestros oídos. Allí acababa la comunicación. Un profundo silencio se adueñó de la estancia. Angelo hizo un ademán y sopesando una a una sus palabras nos propuso que repitiéramos la experiencia de George.

—Sería perder el tiempo inútilmente —dijo Wardett sin poder contener su nerviosismo. Los labios le temblaban y el sudor recorría las palmas de sus manos.

Finalmente, accedimos a la petición de Angelo. Creí que aquello era un sueño del que pronto me despertaría, que aquello no era real, más el frío viento nocturno que golpeó mi rostro cuando abandonamos la mansión camino del bosque, me trasmitió la certeza de que no me hallaba envuelto en una pesadilla.

Nos detuvimos bajo un círculo de robles y comenzamos a recitar la invocación, momentos antes de hacerlo, Bronz me agarró del brazo y me inquirió con temor: «¿No crees que puede ser peligroso?». Aquella fue la primera vez que le oí dirigirse a mí familiarmente. También sería la última.

Intentaré explicar todo lo que experimenté desde que pronunciamos la invocación, pero ¿cómo describir aquella sucesión de angustias y sufrimientos que se apoderaron de mí?. ¿Cómo hacerlo sin bordear la demencia en cada frase?...

Al concluir la invocación me dominó un estado de absoluta laxitud. Sentí que un gran muro, que me era imposible ver, se derrumbaba frente a mí. Lo dejaba atrás y recorría un neblinoso camino de entre los muchos que se extendían delante de mí como una gigantesca tela de araña carente de surcos horizontales. En un momento determinado giré el rostro y pude ver a Bronz caminando tras de mí. Cuando miré de nuevo

había desaparecido. Nunca le volví a ver. El camino, que parecía eterno, se perdía tras mis pasos en una mortecina niebla. Ni siquiera sentía mis pasos al andar, no percibía el movimiento de mis piernas. Tan solo avanzaba. Avanzaba sin cesar. Bruscamente, el camino desapareció y me vi cayendo en un abismo infinito. Entonces noté el torturante dolor del más absoluto silencio, mi cabeza parecía estallar una y otra vez sometida al bombardeo de aquel caos silencioso. Caí sobre una superficie blanda y gelatinosa que me sofocaba, intenté emerger de ella pero no pude y todo mi cuerpo se sumergió lentamente en aquella viscosa masa hasta que me hallé bajo ella, sobre una superficie densa y neblinosa por la que se podía caminar fácilmente. Era como un extenso manto en el que pronto advertí movimientos subterráneos, groseras formas que sobresalían bajo la gruesa capa humosa. Intenté evitarlas, pero seguían mi caminar pendientes de cualquier gesto mío. En un momento determinado aparecieron ante mí grandes cajas parecidas a sarcófagos. En cada una de ellas reposaba un cuerpo cubierto de vendas. Tan solo una parte del cuerpo de aquellos seres no estaba cubierta: los ojos, unos ojos amarillentos que sin delatar el más mínimo movimiento eran partícipes del más leve gesto realizado por mí. Uno de los sarcófagos estaba vacío. Entré en él e inmediatamente mi cuerpo quedó cubierto por vendas embalsamadas. Ahora, yo también miraba a través de ojos amarillentos. Una sombra blanca apareció en la estancia (si se puede llamar así a aquel lugar); avanzó hacia mí y apretó lenta, muy lentamente, mi cuello. Perdí la respiración y me desmayé.

Al despertar y mirar a mi alrededor comprobé que altísimos muros me rodeaban, la leve claridad que me permitió efectuar esta observación desapareció súbitamente, dejándome sumido en la más completa oscuridad. Caminé lentamente, casi arrastrándome, en busca de una salida, mis manos tantearon la pared que me rodeaba y mis dedos la siguieron hasta en-

contrar una abertura por la que me introduje. Cuando lo estaba haciendo, la abertura se hizo más estrecha y quede atrapado a la altura de la cintura. Algo frío rozó mi cuello y oí el silbido de un machete que se acercaba lentamente dispuesto a guillotinarme. No podía moverme, estaba atrapado, intenté gritar pero no pude. Mi cabeza fue cercenada y rodó por el suelo.

De nuevo me hallaba en la sala de los sarcófagos, estaba embalsamado en vida. Súbitamente sentí que mi cerebro estallaba en mil pedazos y en cada uno de aquellos mil pedazos viví distintas situaciones y sentí mil veces la muerte. Ahora, me hallaba en otro lugar, fuertes vientos se abatían sobre mí. Avancé realizando un esfuerzo supremo; el clima, tornábase bruscamente del más absoluto calor a la más intensa gelidez. Gracias a uno de aquellos bruscos cambios de temperatura mi mente recuperó la lucidez perdida y recordé la invocación que me habría de dèvolver a mi mundo. Comencé a pronunciarla en voz alta, pero las palabras sólo sonaban en mi cerebro. Todo a mi alrededor era ruido. Un fragor indescriptible que me hacía perder los sentidos, que penetraba a través de todos los poros de mi piel. Al terminar la frase me desmayé.

Lo primero que escuché al despertar fueron las palabras de alivio de Angelo. Nos hallábamos en el bosque, solo habíamos sobrevivido nosotros dos como ya dije al principio...

¿Lo dije? No, no lo dije... ¿O sí?... Siento que mi cerebro se expande mientras mi cuerpo se fragmenta en innumerables pedazos. VUELVO A LA SALA DE LOS SARCOFAGOS.



La venganza de Zanaseth

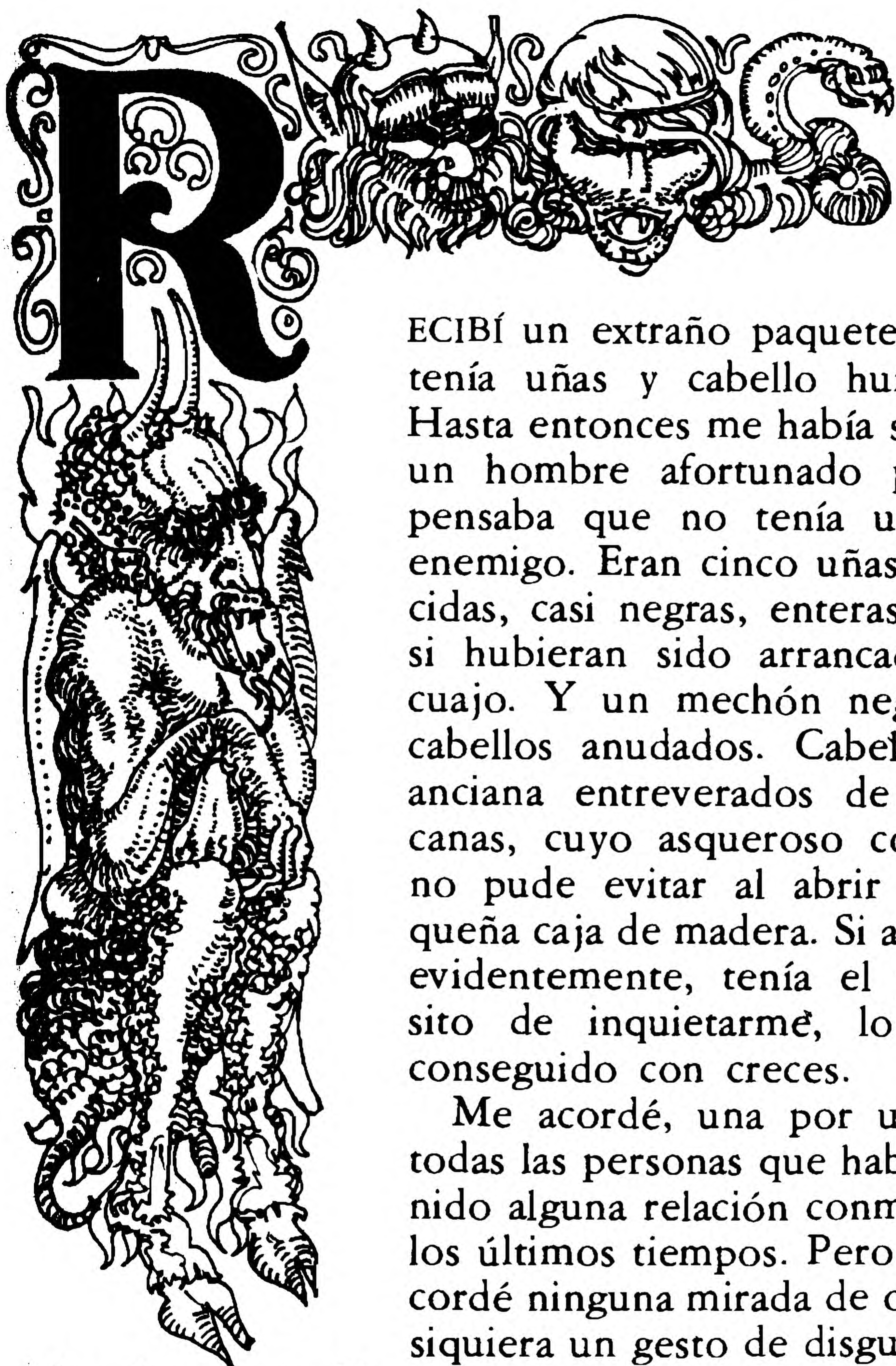


La venganza de Zanaseth

José León Cano

«Sed precavidos cuando recibáis un paquete postal. Sobre todo, si contiene uñas y cabellos».

M. R. JAMES en «Cuentos que he intentado escribir».



ECIBÍ un extraño paquete. Contenía uñas y cabello humanos. Hasta entonces me había sentido un hombre afortunado porque pensaba que no tenía un sólo enemigo. Eran cinco uñas retorcidas, casi negras, enteras como si hubieran sido arrancadas de cuajo. Y un mechón negro de cabellos anudados. Cabellos de anciana entreverados de largas canas, cuyo asqueroso contacto no pude evitar al abrir la pequeña caja de madera. Si alguien, evidentemente, tenía el propósito de inquietarme, lo había conseguido con creces.

Me acordé, una por una, de todas las personas que habían tenido alguna relación conmigo en los últimos tiempos. Pero no recordé ninguna mirada de odio; ni siquiera un gesto de disgusto hacia mi persona. Pensé que se trataba de un maníaco desconocido cuyos propósitos, por muy insanos que fueran, no podían afectarme, y tiré la caja a lo más hondo del cubo de la basura. Días después me había olvidado del incidente por completo.

Al cabo de un mes, aproximadamente, el ruido de un golpe seco, muy cercano a mi almohada, me despertó. El crucifijo que pendía a la cabecera de la cama

se había desplomado. El hecho me pareció sumamente desacostumbrado. Porque el clavo seguía intacto en la pared, y el asa del crucifijo no tenía desperfecto alguno. Pero me produjo más fastidio que otra cosa, y no tardé en recuperar el sueño. «Sin duda —pensé antes de dormir—, la asistenta lo habrá colocado mal al quitarle el polvo».

Dos noches más tarde, al regresar a casa, me encontré con una desagradable sorpresa. Mis libros, mis discos y mis papeles estaban desparramados por el suelo. Pero no había más señales de violencia y comprobé que no me faltaba nada. No pude evitar, sin embargo, relacionar este hecho con los dos anteriores. En vano traté de explicármelo. Pero recurrí al consuelo de pensar en una improbable huída precipitada de ladrones inexpertos, antes de permitir que mis nervios comenzaran a alterarse.

Mi trabajo seguía desarrollándose con normalidad, y pese al intermitente recuerdo de lo sucedido, seguía considerando al mundo como a un lugar confortable, ordenado y gratificante, donde la tranquilizadora sucesión de causas y efectos estaba regulada por las leyes de la lógica. No necesitaba hacer grandes esfuerzos para ganarme la vida, mi empleo era seguro y bastante bien remunerado, y tenía al alcance de la mano cuantos placeres pudiera desear. En consecuencia, y para evitar que nadie entrara en mi casa, hice colocar en la puerta una cerradura blindada, de alta seguridad. También tuve la supersticiosa precaución de descolgar definitivamente el crucifijo. Y me propuse adoptar la costumbre de abrir paquetes sospechosos sólo en presencia de alguna persona. Con eso, y con la tranquilidad que proporciona una muy saneada cuenta corriente, no tardé en regresar al delicioso limbo de los privilegiados.

Cierta noche no lograba conciliar el sueño. Una rara inquietud, cuyo origen no podía averiguar, me mantenía despierto en la cama. El silencio era absoluto y la oscuridad completa. Había sin embargo «algo», una especie de vibración mental desacostum-

brada, el cosquilleo de una espantosa premonición de imágenes indefinidas, un soplo helado recorriendo los intersticios de mi mente, el perfume de una emoción maligna planeando sobre la cabecera. No recordaba haber tomado, durante el día, más tazas de café que de ordinario, pero me sentía como bajo los efectos de un excitante particularmente venenoso. Me levanté desasosegado y decidí fumar un cigarrillo en el despacho. Sólo a medias conseguí calmarme, pues con la imaginación sobreexcitada creía ver horribles figuras dibujándose en el humo, monstruosos seres blanquecinos de garras evanescentes y miradas amenazadoras, formas ominosas que permanecían suspendidas en el aire bastante más tiempo de lo normal. Pensé que se trataba de simples proyecciones del subconsciente, como las que se perciben al interpretar las manchas inconcretas en los test de Rorchard, aunque no dejara de inquietarme el hecho insólito de que tales figuras se formasen sobre un humo que ascendía y se movía con increíble lentitud. Apagué el cigarrillo. No se borraba de mi mente el recuerdo del paquete que me enviaron y de su repelente contenido, aunque achaqué mi sobreexcitación nerviosa al exceso de trabajo. Tal vez había llegado el momento de tomarme unas cortas vacaciones.

Tres días después conseguí verme libre de obligaciones. No tendría que regresar a la oficina en dos semanas. Quería irme al sur, al encuentro con las palmeras, esperando que el abrazo del sol, encendiendo uno a uno todos los poros de mi cuerpo, me librara para siempre de aquella densa y pegajosa pesadilla. Pero huía de ella en vano, como vano sería huír de la propia sombra.

Me interné en lo más hondo del desierto de Libia, deseando enfrentarme con mi propia soledad, hacia un reencuentro conmigo mismo que llevaba postergando demasiado tiempo, y a cuya falta atribuía la inquietud que, transformada en insano horror, me venía devorando en los últimos tiempos. Había vivido de una forma de la que no estaba contento, haciendo

cosas que no me satisfacían, por la simple necesidad de subsistir. Recibir aquel paquete fue la gota que rebasó el vaso de la angustia, y fue mi angustia la que me empujó a ver fantasmas donde no había sino un cúmulo de malditas casualidades. O eso era, al menos, lo que yo intentaba creer.

En el desierto cambió el ritmo de mi tiempo, y con ello desaparecieron las obsesiones. Viajar entre las arenas infinitas con una caravana de «hombres azules» constituyó una experiencia desacostumbrada que me obligó a ver el mundo como si acabara de nacer. Días y días sin que me asaltasen las densas y malas vibraciones de la ciudad operaron el milagro de fortalecer mis nervios. El silencio, la quietud y la absoluta pureza de la naturaleza circundante hicieron que mis errores, pero a la vez mis realizaciones positivas, se me representaran nítidamente, y pude hacer un balance de mi vida. La convivencia con aquellos hombres austeros y sencillos me purificó, y tuve la sensación de estar tocando el cielo con las manos.

Mi regreso a Londres significó enfrentarme nuevamente con el problema. La magia del viaje desapareció como por encanto al cabo de unos días. Atrapado por el sistema, que me obligaba a realizar acciones en las que no tenía depositado un asomo de fe, pronto sucumbí a la debilidad de dejarme arrastrar por la corriente y, en consecuencia, los temores hicieron brotar otra vez multitud de fantasmas en mi espíritu.

Todos somos capaces de levantar nuestro propio cielo, pero en la mayoría de los casos cada cual se frabrica su propia tumba, y en ella se entierra, sepultado por los cenagales del pasado. Había intuido que regresar a Londres era un gran error y no tardaría en comprobar, para mi desgracia, la certeza de tal premonición.

El cielo estaba particularmente plomizo una tarde en que regresé a casa más cansado que de ordinario. Tapizados por aquella luz de plata algodonosa, los objetos cotidianos adquirían en la penumbra de mi habitación apariencias de irrealidad, como si flotasen

entre las brumas de una pesadilla grisácea. En otro tiempo, ese momento ambiguo que precede a la caída de las sombras me era grato y tenía la virtud de relajarme. Pero no ocurría así desde que recibí el maldito paquete, sino que tal momento resaltaba la inquietud inherente a ciertos recuerdos sombríos, jamás borrados de mi memoria: las uñas negras, el cabello retorcido, la caída del crucifijo... Procedí, como tantas otras tardes, a exorcizar esos recuerdos, a neutralizar la inquietud que me inspiraban por medio de sencillos rituales domésticos. Calzarme las zapatillas, aspirar el humo de la pipa, sorber un poco de whisky y encender la chimenea. Estaba realizando esta última operación, colocado en cuclillas sobre el fuego, cuando escuché a mis espaldas, con incuestionable nitidez, el ruido de una respiración afanosa.

Al descartar la posibilidad de una corriente de aire como causa de aquel sonido espeluznante, mi vista seguía fija en los retorcidos arabescos del fuego, pero mi mente fue inexorablemente atraída hacia las vertiginosas imágenes del horror. Era inconcebible que alguien hubiera podido entrar en mi casa, acercarse sigilosamente hasta mis espaldas y tratar de asustarme de aquella forma. Me volví con rapidez. El fuego de la chimenea flagelaba las sombras con latigazos parpadeantes. Creía, obviamente, que me encontraba solo en casa. Y aunque ya no pude sostener esa creencia, a nadie vi. Si bien pude localizar, con relativa exactitud, el lugar de donde procedía la respiración. Era mi viejo sillón de orejas, donde se habían acumulado, al calor de la lumbre, antiguas tardes de lectura y meditación mucho más felices que aquella. La luminosidad del cielo era apenas un remoto recuerdo del sol y no podía competir, a través de la ventana, con los rojizos resplandores del hogar.

Dudo que mis nervios hubieran podido soportar, en tales momentos, cualquier visión de ultratumba. Pero era mucho más espantoso escuchar una respiración y no poder ver el cuerpo del que procedía. El miedo que experimenté fue tan intenso que se tra-

dujo en una sensación cenestésica, la de sentir que unos dientes de hielo se clavaban en mi cerebro. Cometí entonces varias estupideces. La primera de ellas, reprimir el grito de horror que pugnaba por escapárseme de la garganta. La segunda, arrojar al sillón con el atizador una brasa de la chimenea, creyendo ilusoriamente que con aquel gesto de violencia gratuita desaparecería el sortilegio. No fue así, sino que el ritmo de la inaprensible respiración se aceleró hasta situarme al borde mismo de la locura. Quise huir, pero la fascinación del suceso quebró mis mecanismos de defensa. Entonces escuché, entre siseos entrecortados, el sonido de una voz apagada que se dirigía a mí en un idioma incomprensible repitiendo, en medio de articulaciones apenas audibles, una obsesiva cantilena:

—¡Zanaseth...! ¡Zanaseth...! ¡Zanaseth...!

El extraño fenómeno me tenía tan alterado y perplejo que perdí toda sensación de realidad. Era una voz de mujer, de anciana a juzgar por sus fatigosas modulaciones, o de muerta —si eso fuera posible—, a causa de la pútrida evanescencia de sus ecos. Me levanté, temblando de pies a cabeza, y traté de escapar. Pero la puerta se cerró entonces, por sí sola, ante mis narices. Oprimí el picaporte jadeando, sudando y temblando, pero una fuerza enorme me impedía moverlo. Un aliento fétido y frío erizó mi nuca, y volví a escuchar tras de mí aquella voz espantosa:

—¡Zanaseth...! ¡Zanaseth...! ¡Zanaseth...!

Me volví entonces y descubrí horrorizado la lepra de su boca, el doble cuajarón de sus encías agusanadas, su cráneo pelado y tumefacto del que pendía un único mechón de cabellos blanquecinos, retorcidos y largos hasta la esquelética cintura. Una mano sin uñas, cubierta apenas por resecos girones de piel, me señalaba. Puede ver su lengua carcomida, purulenta, oír el chasquido de sus quijadas desprovistas de carne, quemarme de horror ante las fosforescencias verdosas de sus cuencas vacías. Y temblé al sentir el roce de aquellos huesos podridos sobre mi frente, el

del agujereado y reseco sudario negro sobre mi mejilla. Y sentí luego, en todo mi ser, la enloquecedora repulsión de su abrazo. Recuerdo que grité deseando la muerte mientras mi corazón, descontrolado, parecía a punto de explotar. Luego perdí el conocimiento y me sumergí en un piélago de nauseabundas pesadillas donde el continuo gorgoteo de seres infrahumanos, reptantes, escamosos, me anunciaba la entrada al mundo de las Tinieblas Inferiores.

La pesadilla estaba salpicada por innumerables rincones donde anidaba el horror, y los meandros de mi locura se deslizaban por todos ellos. Asistí al proceso de descomposición de mi mujer, muerta dos años atrás, con los ojos de una rata que se hubiera introducido en su ataúd; vi con insufrible lucidez los momentos de mi propia muerte, devorado por el cáncer, y supe con exactitud la fecha en que ocurrirá. También asistí, en uno de los escenarios de la pesadilla, al repulsivo espectáculo de la próxima Guerra y las espantosas deformidades de los supervivientes, al triste destino de la humanidad hambrienta, enferma y desesperada. Vi asimismo otras cosas de las que no me atrevo a hablar, el ominoso rostro de los verdaderos Señores de la Tierra, quienes, amparados en las sombras, encauzan las voluntades humanas hacia un inmediato suicidio colectivo. Vi la triste farsa de mi vida y la tuya, suspendidas por hilos que manejan desde el infierno, y la inutilidad de querer mantener a toda costa ese don ilusorio.

Y no fue todo eso, con ser tan espantoso, lo peor de mi sueño. Mi sensibilidad llegó al límite de lo tolerable cuando apareció aquel negro enjuto, de rasgos afilados, riéndose de mí a grandes carcajadas. Reconocí en ellos a los del ascensorista de un hotel a quien, años atrás, había yo vejado de forma tan estúpida como lamentable. En un momento de distracción había ignorado mi presencia, dándome la espalda e impidiéndome el paso con ello, mientras el resto de quienes habían utilizado el ascensor lo abandonaban. Puedo soportarlo todo menos el hecho de que un as-

queroso negro se atreva a darme la espalda. «¡Aparta, negro!», grité, y luego lo derribé al suelo de un empujón. Me sorprendió que no me mirase con odio, o que lo hiciera con una clase de odio a la que no estoy acostumbrado. Porque, aunque sus ojos eran fríos como los de una serpiente, me sonreía... Y ahora, en la pesadilla, se reía de mí a carcajadas, mostrándome sus dientes blanquísimos, apoyando en mis hombros sus repugnantes y peludas manos. Supe entonces quién me había remitido el paquete que contenía uñas y cabello. Porque dejó de reír y mirándome como podría yo mirar a un perro, me dijo:

—«¡Soy Zanaseth, el Brujo! ¡Pobre diablo blanco...! ¡Y esta es mi venganza!».

Sentí entonces que sus dedos, convertidos en lenguas de fuego, se atenazaban cruelmente a mi garganta, la atravesaban y llegaban hasta mis pulmones, quemándolos. Me sentí por un momento entre la vida y la muerte, y pude ver mi propio cuerpo flotando en un monstruoso mar de lava. La sensación del fuego devorándome fue tan vívida que me hizo despertar. El humo, oscuro y denso, me impedía la respiración. El horror de la pesadilla seguía persiguiéndome cuando, como un autómata, pude incorporarme del suelo y alcanzar la puerta. En mis oídos resonaban todavía las sardónicas carcajadas del negro. O tal vez fuera el chisporroteo de los muebles, incendiados a causa de mi imprudencia, cuando arrojé un tizón encendido al sillón de orejas. En el último momento, antes de alcanzar el exterior, las llamas alcanzaron mi camisa. Pero no eran las quemaduras las que me hacían gritar como un loco, corriendo a campo través mientras, a mis espaldas, la casa ardía por los cuatro costados. Eran las insufribles carcajadas de Zanaseth, el Maldito, resonando en el interior de mi cráneo. Su risa sigue persiguiéndome por los pasillos de este manicomio. Piensan que mi odio a los negros me ha vuelto loco y que por eso incendié mi propia casa. Yo mismo, si no hubiera conocido a Zanaseth, también lo hubiera creído.



PROXIMA APARICION



EMISION DE MADRUGADA

LA CASA DE LA VIEJA HIGUERA

LA PROTEGIDA DE ZIYAGH

LA PUERTA ABIERTA

VIOLETAS SOBRE MI TUMBA

EL LLANTO DEL NIÑO DE AL LADO

MISTERIOSA DESAPARICION DE GUALTERIO DOMINGUEZ MAYACOA



CALEIDOSCOPIO

LA RELIGIOSA

INSOLACION
EN EL VALLE DE LA MUERTE

LA MANO VERDE

EL ENTERRAMIENTO PREMATURO

VIAJE AL MAS ALLA

LA VENGANZA DE ZANASETH